

CUADERNOS DEL ARCHIVO

AÑO IV (2020), N° 7

**Publicaciones del Centro DIHA
(Centro de Documentación de la
Inmigración Alemana en la Argentina)**

Universidad Nacional de San Martín
Catalina de Boyle 3111
1650 San Martín, Argentina

Comité Editorial:

Ing. Francisco von Wuthenau (Centro DIHA)
Dra. Laura Carugati (Univ. Nac. De San Martín, UNSAM)
Dra. Lila Bujaldón de Esteves (CONICET; Univ. Nac. de Cuyo, Mendoza)
Dr. Roberto Bein (Univ. de Buenos Aires, UBA)

Consejo de Redacción:

Lic. Alicia Bernasconi (Univ. del Salvador, Buenos Aires)
Dr. Germán Friedmann (CONICET; UBA)
Dra. Claudia Garnica de Bertona (Univ. Nac. de Cuyo, Mendoza)
Dra. Silvia Glocer (UBA, Biblioteca Nacional Dr. Mariano Moreno, Bs. As.)
Dr. Robert Kelz (Univ. of Memphis, EEUU)
Dr. Hans Knoll (Univ. Nac. de Córdoba)
Dr. Arnold Spitta (Buenos Aires)

Ilse von Rentzell. Vita¹

HELGA HEINEKEN Y REGULA ROHLAND DE LANGBEHN

La bibliografía sobre Ilse von Rentzell hasta ahora es escasa. Después de las páginas que le dedicó en sus memorias Friedrich Reichert (1945: varios pasajes entre la página 477 y el final), que son la *materia prima* de todo lo que sobre ella se ha publicado en internet², se encuentra únicamente un artículo de Claudia Garnica (2017: 80-81) que aporte algo nuevo y específico sobre la autora o su obra. Contiene un certero análisis de las narraciones chaqueñas, ocupándose de ella desde lo imagológico, destacando diferentes facetas –el paisaje, las personas, la vida cultural, los hábitos– de las observaciones que realizó la autora al plasmar imágenes de una cultura poco sofisticada y contar acerca de situaciones, personas y mentalidades ajenas a su propio mundo, observadas con sutileza.



A estos temas se agregan las observaciones de la inmigrada acerca de las plantas chaqueñas y su desconcierto ante el fracaso de la colonización, que vivió en sus años álgidos, dejando atrás el campo de su hermano en el Chaco en 1928.

Descendiente de una familia alemana de origen noble, Ilse von Rentzell nace en Frankfurt del Meno el 30 de junio de 1893³. Pasa su niñez en Alemania, pero la familia decide emigrar a principios del siglo XX a la Argentina⁴. De adolescente es enviada a Europa para perfeccionar su educación. La Primera Guerra Mundial la sorprende y no puede regresar hasta varios años después de finalizada la guerra. Friedrich Reichert cuenta de ella:

¹ Mucho agradecemos el aporte de los datos que nos fueron brindados en forma tan amable por el personal de la Biblioteca del Instituto de Botánica DARWINION, el personal de las Oficinas de Parques Nacionales en San Martín de los Andes y el Sr. Eberardo Hoepke, que conoció personalmente a Ilse von Rentzell.

² En algún caso se agregaron datos de una ahijada de la autora, a cuyas informaciones directas no hemos podido acceder para este trabajo.

³ En la base de datos del CEMLA aparece un solo viaje de Ilse (allí llamada "Else"), que llegó a la Argentina en el barco Cap Arcona procedente desde Hamburgo, el 15/5/1912, soltera y de 19 años de edad, lo que concuerda con el año de su nacimiento. El registro del CEMLA muestra dos ingresos anteriores de individuos apellidados von Rentzell, sin que se vea su sexo porque solo figuran con las letras A. y C. Ellos entraron el 15/2/1895 con el barco *Hohenzollern* procedente de Bremen, figurando ambos con la profesión "comercio", de modo que posiblemente se trata de dos hermanos varones. Otros viajes se podrían haber realizado en primera o segunda clase, cuyos pasajeros no se registraban en los registros de inmigración.

⁴ Sobre el padre Achill von Rentzell y los tres hermanos de la autora se encuentra una página en la autobiografía inédita de Hans Schmidt, *Lebenserinnerungen. März 1945*: 20. A Schmidt le interesa ante todo la relación establecida por el emparentamiento de uno de ellos, un militar, con el Presidente Agustín P. Justo. También menciona a Ilse, como autora del libro *Im argentinischen Chaco*.

Era una tarde de octubre del año 1928, cuando en una reunión de amigos llegué a conocer a una señora que ya había pasado por algunos avatares de la vida. Consumida de pena en la Primera Guerra Mundial, divorciada de su primer marido, un suabo, el destino la arrojó al Chaco argentino, donde trabajando en la chacra algodonera de un hermano suyo, no se hallaba para nada mejor, de modo que prefirió fugarse a Buenos Aires. El calor, los mosquitos, víboras en el escritorio y entre sus carpetas de correspondencia, termitas, langostas, mucho trabajo y continuos disgustos le habían amargado la vida [...] Frau Ilse von Rentzell, hoy escritora, geógrafa botánica, dibujante, pintora y colaboradora del Instituto Botánico Darwinion de la Facultad de Ciencias Naturales en Buenos Aires (Reichert 1945: 477)⁵.

Habían sido años difíciles. Regresó al Chaco para reunirse con su familia. La vida en el Chaco le resultó dura, pero el contacto con la naturaleza silvestre despertó su interés por la botánica. Se dedicó a la fotografía y comenzó a escribir artículos y su libro sobre la vida en el Chaco (Rentzell 1929), y más tarde realizó alguna publicación sobre la flora que fue conociendo (Rentzell 1935).

Ilse von Rentzell se convirtió a lo largo de su vida en Argentina en una botánica autodidacta, debido a su gran interés en la flora sudamericana, en dibujante científica -actividad que realizó durante muchos años en el Instituto de Botánica Darwinion (FCEyN - UBA) situado desde 1936 en San Isidro-, en fotógrafa, escritora, pintora y andinista. Reichert menciona que, cuando en 1939 lo acompañó en su expedición patagónica, "había sido agregada a la expedición por la Academia de Ciencias Exactas en Buenos Aires por el 'Instituto Darwinion', en su calidad de geógrafa de plantas y para filmar la expedición" (Reichert 1945: 601).

Muchas de sus actividades se desarrollaron recién al conocer los diferentes entornos en los que le tocó vivir. Esto se hace patente en otra descripción de Reichert: "se ocupó de aprender a través de 'educación a distancia' el noble arte del dibujo, para poder fijar en efígie flores, árboles, montañas o lagos, ilustrando con sus dibujos sus viajes" (1945: 492). También se perfiló como fotógrafa y filmaba en las expediciones. Así se realizó la película *Cruce del Hielo Patagónico*, presentada el 19/12/1933 en el Teatro Nacional Cervantes en Buenos Aires, ocasión en la que hablaron Reichert y von Rentzell (Reichert 1945: 556).

Vimos que en 1928 conoció a la familia Reichert que la invitó a pasar con ellos un tiempo en su propiedad junto al Lago Todos los Santos en Chile, donde descubrió su pasión por el andinismo, pasión que desarrolló en forma admirable, demostrando una gran fuerza y perseverancia. Durante aproximadamente cinco años Federico Reichert e Ilse von Rentzell, por lo general acompañados por algún otro andinista o reconocido científico, realizaron durante los meses veraniegos expediciones para conocer la topografía y los volcanes en los Andes del Sur. Son dignas de ser recordadas las expediciones al Tronador (1931), al Río

⁵ Las traducciones del texto de Reichert son tomadas en parte de la biografía debida a José Herminio Hernández en internet (señaladas como "trad. 1967", lo que se refiere a la traducción de Rubén Darío, hijo). Las otras fueron agregadas por la editora de este cuaderno. Los descendientes de la familia von Rentzell siguen viviendo en Buenos Aires y en Resistencia, Chaco.

Turbio (1932) y a los Hielos Continentales (1933). Sus detalles se esbozan entre los recuerdos de Reichert, en algún pasaje transcribe allí –según marca en p. 523– textos de su compañera (1945: 516-523).

Los relatos de Reichert impresionan por la descripción de las aventuras y penurias vividas, como ocasionalmente la sorpresiva erupción de un volcán y sus consecuencias. Describe su primera excursión junto a ella, el 5 y 6 de enero 1929:

ocurrió que ese día de tan notable brillantez, el barómetro estaba registrando un descenso pronunciado, que no encontraba fácil explicación. A despecho de esa depresión a todas luces anormal, emprendimos la marcha [hacen noche, hasta que los despertó un ruido extraño y descubren] la aparición de un banco de nubes densas y negras, las condiciones atmosféricas se estaban modificando y el aire irrespirable. [Se trataba de una erupción volcánica, por lo que] decidimos dar media vuelta, embarcarnos en el bote y regresar a casa con máxima premura. [...]. A medida que descendíamos de la montaña la tenue llovizna se convirtió en una copiosa caída de cenizas que debían proceder del volcán Calbuco, situado a aproximadamente 15 km de nuestra finca; era el único de los numerosos volcanes que entraba en actividad periódicamente. La creciente penumbra fue transformándose en verdaderas tinieblas y cuando a las 9 de la mañana llegamos a la orilla del lago donde permanecía el bote, la bahía de Cayutue había pasado del día a la noche, y únicamente hacia el norte quedaba algún haz de rayos luminosos. [...] Con máxima premura ocupamos la embarcación y remamos con todas nuestras fuerzas en dirección a la cabaña que, a pesar de ser las 9 hs. de la mañana, ya no se reconocía debido a la oscuridad impenetrable (Reichert 1945: 479; trad. 1967).

Nos hallábamos envueltos como por alta tensión eléctrica: los fuegos de San Telmo brotaban por todos los hilos de nuestra ropa. Ya llevábamos una hora de viaje y sin embargo el bote no llegaba a tierra. Las aguas del lago parecían ser de plomo, el aire denso y pegajoso, el viaje se estaba haciendo fatídico. ¡De pronto una luz deslumbrante como un rayo rasgó las sombras! Pero no se trataba de un relámpago normal. Por encima de nuestras cabezas se alzó una bola de fuego que casi al instante hizo explosión con un ruido espantoso seguido por la desaparición del efecto luminoso. Aquello fue un relámpago esférico, el primero y último que me haya sido dado ver en toda mi vida. Tras el estallido –cuenta Reichert– se produjo un equilibrio eléctrico, se fueron apagando los fuegos de San Telmo y nuevamente nos vimos envueltos en las tinieblas (*ibid.*: 480, trad. 1967).

En el intento de ver cómo había quedado el paisaje, dos semanas más tarde los dos tercios caminantes subieron el cerro Puntagudo, con la finalidad de echar una

mirada en derredor, para darnos cuenta de que la violencia máxima de la erupción había afectado principalmente la zona oriental, ya que todos los ventisqueros y la corona del alejado Tronador estaban

cubiertos de suciedad y cenizas. – En total, la excursión nos exigió más de diecisiete horas en el manto del hielo del Osorno debido a la erupción del Calbuco. En la posada de Petrohue, a donde llegamos empapados y cansados, mi compañera de aventura, Ilse, se mostró sumamente contenta por la hazaña que habíamos realizado; pero parecía aún más contenta cuando nos sirvieron una bebida caliente, porque dijo: ¡Vaya, no hay nada que supere a una buena taza de té caliente! (*ibid* 482, trad. 1967).

En febrero y marzo de 1933 Ilse von Rentzell fue la primera mujer que participó en una expedición a los Hielos Patagónicos. En esta hazaña Reichert estaba acompañado además por el Dr. Juan Javier Neumeyer y el botánico Dr. Arturo Donat, y un joven ayudante, Manuel Aguilar. Este, según cuenta Reichert, ayudó a su compañera a alcanzar el campamento base cuando ella ya había resignado a su cansancio y fiebre que la rendían a la vuelta de los descubrimientos realizados.

En esta expedición descubrieron una cadena montañosa, que Reichert describe con emoción:

Vimos al noroeste, por primera vez en toda su extensión, una cadena de montañas que aún no figuraba en los mapas. Entre esta nueva sierra que presenta las típicas formas de cumbre llamadas puntiagudas, se extiende el glaciar principal de unos 40-45 km de ancho (1945: 536-37).

Ilse von Rentzell fue condecorada por el presidente argentino Agustín Pedro Justo por ser la primera mujer que exploró el Hielo Continental Patagónico. En 1959 Hugo Corbella, del Club Andino Bariloche, dio el nombre de Torre Ilse von Rentzell a una de las puntiagudas cumbres de esta cadena.

Durante todas las expediciones dibujó y fotografió lo visto, dejando un testimonio muy valioso que se complementaba con sus textos. Se trata de artículos publicados en castellano por *La Prensa*.

En 1939 volvió a formar parte de una expedición de Reichert a los Hielos Continentales desde Chile.

En julio de 1941 viajó con Federico Reichert a Bolivia. Ilse quiso comparar los contrastes existentes entre la Cordillera de los "Tehuelches" o sea la cordillera andino- patagónica y la de los "Incas" o sea la Cordillera de los Andes Central y sobre todo conocer su flora al visitar los jardines botánicos bolivianos. Además, en los años siguientes realizó varios viajes a Ecuador, México y Estados Unidos siempre con el propósito de conocer y estudiar la flora sudamericana. Acompañó en un viaje al litoral argentino al ornitólogo William H. Partridge para colaborar en el relevamiento y la clasificación de las aves del litoral.

Dio infinidad de conferencias y fue integrante de la Academia de Ciencias Exactas de Buenos Aires. Fue colaboradora especial de los diarios *La Prensa* y *Argentinisches Tageblatt*, el *Argentinisches Wochenblatt* y la revista *Argentinischer Volkskalender* (Editorial Alemann), donde se publicaron muchos de sus artículos.

La publicación en 1935 de su libro *Maravillas de nuestras plantas indígenas y algunas exóticas* fue uno de sus mayores logros, plasmando en él sus cono-

cimientos botánicos adquiridos en sus viajes y estadías desde el norte hasta el sur del país.

Dice Ilse von Rentzell en el prefacio de su libro:

Cuando por primera vez en mi vida atravesé el monte virgen de la región del Chaco, a cada rato detenía mi caballo para mirar esta grandiosa flora exuberante y estupenda que nunca me había sido dado contemplar anteriormente.

Los racimos amarillos del Chañar, con su perfume fascinante, las flores del Lapacho, como mariposas tropicales sobre las ramas desnudas, los ardientes corimbos del Ceibo, las rosadas y blancas estrellas del palo borracho, luciendo entre el follaje, y la Victoria Regia, como copa de marfil, flotando en el reposado espejo de las lagunas escondidas en los brazos del monte, me encantaron... Así nació el deseo de describir e ilustrar esta flora en una forma digna de la belleza virgen, pero accesible a todos, sin pretender hacer obra científica.

Me permito presentar a mis lectores las bellezas de un conjunto de plantas perfectamente conocidas por los profesionales, pero ignoradas casi por completo por la población en general, a quien deseo dedicar estas líneas para despertar su interés por lo que no sólo es bello sino también es nuestro.

Todas las plantas publicadas las he recogido en los alrededores de Martínez y San Isidro (Gran Buenos Aires), en el Jardín Botánico de la Ciudad de Buenos Aires y en el Jardín Botánico de la Facultad de Agronomía y Veterinaria.

Quiero expresar en este lugar mi agradecimiento al señor Anatole Saderman, quien con mucha comprensión ha sabido representar en sus fotografías todo lo que caracteriza cada planta (von Rentzell 1935: 11-12)⁶.

Son interesantes algunos conceptos, que en el *prólogo* del libro escribe el Dr. Ángel M. Giménez, en ese entonces presidente de la Sociedad Luz (Universidad Popular):

el libro es útil, indispensable, necesario; amplía nuestros conocimientos generales sobre la flora argentina, en estos tiempos en que el turismo se va difundiendo, y en esos viajes en que se contempla tanta belleza, hay que saber por lo menos los nombres de ciertas rocas y piedras, de algunos animales, aves, insectos y de plantas regionales, esos inmensos árboles en el sur andino-patagónico, evitando trances molestos, papelones ingratos, en que se debe ocultar la ignorancia....

Incitando al estudio de las ciencias naturales, hemos de decir que este libro, esfuerzo de paciente trabajo de la señora von Rentzell, constituye

⁶ En 2009 se publica el libro *Secretos del Jardín* con las fotografías que A. Saderman realizó en 1935 a instancias de la botánica Ilse von Rentzell. Es una edición hermosa e impecable de la Editorial Varasi.

un gran esfuerzo interesante para el conocimiento y divulgación de la flora de la República Argentina.

Este libro viene a llenar una sentida necesidad; no es un catálogo con dibujos en que la mano del artista modifica o deforma las flores y las plantas, sino un espléndido material de fotografías, a lo que se une una sumaria exposición explicativa de cada lámina, en que respetándose el léxico científico, se presenta al alcance de mentes sencillas, el árbol, el arbusto o la flor.

Es un libro que no debe faltar en ninguna biblioteca pública del estado o de instituciones privadas, y en el grupo de aquellos libros seleccionados que cada uno conserva con cariño, considerándolos como sus mejores amigos y compañeros (von Rentzell 1935: 8-9)."

Sin duda alguna estas palabras hacen pensar mucho, en cuanto se ha avanzado hoy en día, en 2020, con respecto a la divulgación del conocimiento de la flora argentina.

Hasta 1952 Ilse von Rentzell sigue vinculada al Instituto de Botánica Darwinion, donde había conocido al geólogo inglés George Atkinson, con el que estuvo felizmente casada varios años. A partir de 1952 se instala en San Martín de los Andes (Provincia de Neuquén), hasta que en 1960 se radica definitivamente en esa ciudad. Ahí se dedica a crear un bellissimo jardín en su casa en el barrio Los Altos. Se lo había prometido en vida a su esposo George Atkinson que falleció poco antes en un accidente en el lago Todos los Santos, cerca de la propiedad de los Reichert. El jardín se hizo famoso, era el "jardín de la Sra. Atkinson", como hoy en día se la recuerda. En ese precioso jardín organizaba durante el verano conciertos con la participación de Tomás Tichauer, cofundador de la Camerata Bariloche. Muchos son los amigos de Ilse que fueron invitados a su casa, como las fotógrafas Anne Marie Heinrich, Carlota Thumann y otros.

Ilse von Rentzell Atkinson falleció el 30 de junio de 1985 en el día de su cumpleaños 92, en San Martín de los Andes.

Fue una más de las tantas mujeres que revolucionaron los distintos espacios permitidos hasta entonces sólo a los hombres. Dejó constancia en sus relatos de su increíble fuerza de voluntad, perseverancia y capacidad asombrosa de observación de la naturaleza.

Nota Formal: En los textos traducidos, palabras españolas del original se transcribieron en *cursiva*, conservando las comillas si las hay (el uso no es uniforme) pero omitiendo la explicación para el lector alemán. Las notas del texto original se señalaron como (N.A.).

Textos:

Los siguientes textos de Ilse von Rentzell, que aquí se tradujeron, fueron tomados del libro Rentzell 1929:

Introducción, "Einleitung" pp. VII-IX
En el monte, "Im Monte", pp. 7-14
La construcción del rancho, "Ranchobau", pp. 23-28
Lecho nocturno, "Nächtliches Lager", pp. 29-32
El oro blanco, "Das weisse Gold", pp. 71-77
Sobre la rentabilidad del oro blanco, "Von der Rentabilität des weissen Goldes", pp. 78-81
Un parto en el campo, "Geburt im Kamp", pp. 104-108
El pollo que cacarea, "Das krähende Huhn", pp. 109-113
 Chinas y chinitos, "Chinas und chinitos" 118-125
Sobre el trato con los indios, "Über den Verkehr mit Indianern", pp. 126-133.

Obras de Ilse von Rentzell en periódicos y otros medios⁷

- Rentzell, von, Ilse. "Wohnungskultur im Rancho". *Argentinischer Volkskalender* 1929 (1928): 72-76.
- . "Von den Wirkungen des Chacoklimas". *Argentinischer Volkskalender* 1929 (1928): 133-135.
- . "Trockenwald und Regenwald". *Argentinischer Volkskalender* 1930 (1929): 203-206.
- . "Bilder der Arbeit in Südchile". *Argentinischer Volkskalender* 1931 (1930): 87-93.
- . "Ich zigeunere durch die Kordillere. El Derrumbe". *Argentinischer Volkskalender* 1932 (1931): 127-133.
- . "Ascención al monte más alto de la cordillera patagónica septentrional". *La Prensa*, 25/5/1931.
- . "Forschungsfahrt ins Unbekannte" [Expedición al Río Turbio]. *Argentinischer Volkskalender* 1932 (1931): 131-157.
- . Expedición Río Turbio, Lago Puelo. Dibujo. *La Prensa*, 9/7/1932.
- . Un cañadón en la selva, Río Turbio, Lago Puelo. *La Prensa*, 14/8/32.
- . Varios dibujos, fotos y fragmentos de texto, reproducidos en: Reichert 1945.
- . Película: *Cruce del Hielo Patagónico*, exhibida el 19.12.1933 en el Teatro Nacional Cervantes (exposiciones de Reichert y von Rentzell, cf. Reichert 1945: 556).

⁷ Esta recopilación no pretende ser una bibliografía completa de los escritos de Ilse von Rentzell. Uno de los textos de su libro de 1929 había sido publicado antes en el *Argentinisches Wochenblatt*, posiblemente se encontrarán más artículos de ella en los periódicos de la Editorial Alemann. De estos, solo pudimos acceder a los títulos publicados en el *Argentinischer Volkskalender*.

Bibliografía

- Garnica, Claudia. *Literatura en alemán de migrantes y viajeros a la Argentina (1870-1970)*. Saarbrücken: Publicia, 2013: 170-171.
- . "La imagen del Chaco en los viajeros alemanes a la Argentina 1870-1970". *Cuadernos del Archivo* 1/1 (2017): 75-84.
- Hernández, José Herminio. "Biografía de Ilse von Rentzel Aktinson". En *Enciclopedia incompleta de montaña*. http://culturademontania.org.ar/Historia/HIS_ilse_von_rentzell_aktinson.htm
- Lohr, Otto. "Deutsch-argentinische Kulturbeziehungen – Eine Schriftenauswahl", *Mitteilungen des Instituts für Auslandsbeziehungen*. April-September 1961. (Resume en una oración su autoría y actuación en el Darwinion. p. 199, cf. Garnica 2013: 171).
- Reichert, Federico. *Auf Berges und auf Lebenshöhen*. Buenos Aires: KAVE 1945. 2 vols.
- . *En la cima de las montañas y de la vida*. Traducción de Rubén Darío (h). Buenos Aires: Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria, 1967.
- Rentzell, Ilse von. *Im argentinischen Chaco*. Stuttgart: Strecker und Schröder, 1929.
- . *Maravillas de nuestras plantas indígenas y algunas exóticas*. Buenos Aires: Ilse von Rentzell & Cía, 1935.
- Saderman, Anatole. *Secretos del Jardín*. Con textos de Luis Priamo y de Carlos Thays (h). Buenos Aires: Editorial Vasari, 2009.
- Schmidt, Hans. *Lebenserinnerungen. März 1945*. Mecanografía inédita (ej. en Centro DIHA).
- Vazquez Moure, Graciela. "Ilse von Rentzell". <http://www.desdeelsurdigital.com.ar>, pag.1064 (Consulta del 1/05/2015).

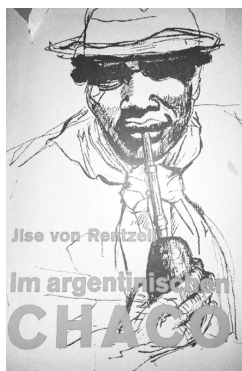
Ilse von Rentzell

Del libro *Im argentinischen Chaco*

Traducciones de Macarena Mohamad

Introducción¹

En el antiguo diccionario español de Franceson², con el que mi padre emigró a Argentina, figura el Chaco: el hormiguero. ¿Quién le habrá puesto ese nombre tan adecuado a aquel paraje situado en la región de la triple frontera de Bolivia, Paraguay y Argentina, cuyas enormes planicies se pierden desde la cadena cordillerana, con ondulaciones apenas perceptibles, hacia las llanuras aluvionales del Paraná y el Paraguay? Probablemente los indios nómadas, los primeros en recorrer y conocer la zona. Solo quien ha estado en el Chaco puede comprender lo significativa que resulta esta denominación para aquellos territorios. Se ven miles de millones de hormigueros de termitas que ondulan la estepa, se descubren innumerables especies de hormigas, de las cuales la más notable es la especie *Atta* de las mirmicinas. Los géneros arácnidos también llaman la atención. ¿Y cuántas veces nos habremos enojado, porque dejábamos miel sobre una mesa cuyas patas no estaban protegidas de los depredadores con trapos impregnados en creolina? En muy poco tiempo, el tarro se llenaba de pequeñas hormigas rojizas, cuyos cuerpos transparentes parecían una bola de miel brillante y aislada. O nos rompíamos la cabeza pensando cómo habrían hecho las hormigas para entrar en el cajón de la comida, si las patas estaban sumergidas en latas con agua. Y luego descubríamos que aquellas glotonas habían construido una especie de puente sobre los cuerpos flotantes de sus compañeras, para alcanzar su objetivo. El Chaco: el hormiguero. ¡Cómo me alegra haber encontrado el significado de ese nombre en aquellas viejas páginas amarillentas!



El carácter del paisaje es monótono a pesar de su enorme extensión (580.000 kilómetros cuadrados). Como un océano sin fin, la planicie se extiende hacia el horizonte.

¹ Este texto se antepone como "Introducción" al libro de 1929. Se señalan en las traducciones algunas notas como N.A., notas de la autora. En cambio, las notas explicativas son de la edición, agradecemos las explicaciones propiamente botánicas a nuestra colaboradora bióloga, Helga Lorek de Heineken. La sigla *DRAE* y la descripción de las plantas exóticas corresponden al *Diccionario de la Real Academia Española*.

² La mención se puede referir a C. F. Franceson. *Nuevo Diccionario de las lenguas española y alemana, tan completo como los mejores de tamaño mayor*. Lipsia: Friedrich Fleischer, varias ediciones s. a., o al *Nuevo diccionario portátil para la escuela y los viajeros, extracción del Diccionario de las lenguas española y alemana etc.* Edición estereotipada. Lipsia: Friedrich Fleischer, s. a. Sin embargo, allí no aparece esta definición de la voz "Chaco". El único diccionario donde sí figura "Chaco" definido como *Ameisenhaufen* (en respañol, hormiguero) es en el de Theresius Freiherr von Seckendorff. *Diccionario de las lenguas española y alemana*, volumen 1. Hamburgo: Perthes y Besser, 1825.

Si imagináramos que toda Alemania es una llanura, tendríamos una comparación escolar medianamente correcta. Y en esa planicie no hay piedras, ni rocas, ni el más diminuto guijarro, solo tierra de consistencia lodosa, arcillosa, limosa o arenosa. A causa del inapreciable declive, los pequeños ríos se secan. Se ensanchan formando pantanos más pequeños o más grandes y, con sorprendente frecuencia, lagos en forma de herradura. La zona del Paraná está llena de estos lagos. El territorio está surcado por canales de agua secos y depresiones que la aridez ha dividido. Ambos solo tienen agua en la temporada de lluvias. En esa época todo cambia. Se forman nuevos estanques y se excavan cauces fluviales. Pero cuanto más hacia el oeste está la tierra, más árida es. En la zona del Paraná se encuentra agua potable a pocos metros de profundidad. Hacia el centro, el nivel del agua subterránea desciende a cuarenta metros o más bajo la superficie de la tierra. Donde se tiende el ferrocarril de Avia Terai³, a través del Chaco desconocido y deshabitado, es preciso acarrear en tanques hasta la última gota de agua para los obreros. También se debe a esas circunstancias el hecho de que el territorio todavía permanezca en gran parte inexplorado. Cuando hay sequía, la falta de agua hace que resulte imposible viajar. Pero cuando llegan las lluvias tropicales de verano, se producen las inundaciones y amplias áreas quedan sumergidas bajo el agua. En la finca situada al sur de Resistencia donde realicé todas mis observaciones, se alternaban continuamente esos periodos de sequía e inundaciones. Se vive entre extremos en el norte de Argentina.

Lo que quiero transmitir en este librito⁴ es la atmósfera de las zonas colonizadas. El *ambiente*⁵, el aire que allí se respira, las miserias de la lucha por la vida, llena de preocupaciones, de la inquietud por una tierra aún no conquistada, caleidoscópica-mente entretejida con las impresiones provocadas por los nativos, sus costumbres, sus supersticiones y su forma de vida. Y las influencias de la flora exótica, la fauna desconocida y sobre todo de la pampa flotando a la luz del sol, el devastador azul del cielo y el silencio de la estepa con sus extrañas tensiones emocionales.

Cayutue, en el lago Todos los Santos (sur de Chile)

Fines de abril de 1929

En el monte⁶

Lo que se entiende por selva, por una selva espesa, exuberante e impenetrable, casi no existe en el Chaco argentino. Más bien tenemos que imaginarnos estepas de pastizales, interrumpidas por numerosas islas de bosque. Suelen ser pequeños grupos circulares de árboles redondeados que salpican de manchas oscuras la

³ Más al oeste que Sáenz Peña, que hoy es la ciudad más floreciente de la zona.

⁴ La colección de textos de la que se extrajeron los textos traducidos.

⁵ Las cursivas en estas traducciones responden a palabras españolas usadas en el texto alemán por la autora.

⁶ Este artículo apareció en el *Argentinisches Wochenblatt* el 22/9/1928 con el título "Con una libreta y una máquina de escribir en el Chaco. Imágenes pequeñas de un territorio grande. El botánico en el monte bajo del Chaco. Para el semanario *Argentinisches Wochenblatt*". La traducción se basa en ese texto, que está reproducido en el libro de 1929: 7-14 con notas que conservamos. En el *Wochenblatt* trata de manera diferente que en el libro la explicación botánica. Las notas o agregados de la editora se dirigen a lectores no botánicos. Se le agregan nombres latinos de las plantas y explicaciones para que el lector amante de la botánica las pueda identificar.

destellante claridad de la pradera, o bien lenguas de bosque largas y estrechas que penetran la estepa de pastizales. A veces bosques más grandes y continuos rodean un estanque, esconden una laguna o bordean las orillas de un río. Sin embargo, anchas y estrechas franjas de estepas sin árboles, cubiertas solo de pastos bajos y duros, siempre conducen a pampas estériles y sin bosques. La transición es abrupta. Solo arbustos aislados de algarrobo o de vinal⁷ intentan penetrar en el campo.

Donde las llanuras están cubiertas de vegetación baja, como en los tramos más altos y con poca agua, es posible pasar a galope tendido, porque los millones de termiteros, que se elevan aproximadamente un metro del suelo, pueden rodearse. Es un placer galopar allí detrás de las chuñas⁸, avutardas, imposibles de alcanzar ni con el caballo más rápido. Pero donde el campo se hunde apenas en una hondonada poco profunda y la humedad del suelo empapa las raíces, los tallos de esparto golpean al caballo y al jinete. Entonces se vuelve difícil avanzar. La densidad de los pastizales, la altura y el filo cortante de la paja hacen que sea imposible continuar cabalgando. El caballo se encabrita, da unos saltos erráticos, se enreda las patas o tropieza con un hormiguero. Comienza a temblar y no quiere avanzar ni retroceder. Entonces no queda más remedio que abrirse paso con el machete o, si es época de sequía, prender fuego al campo. En las cercanías de los límites de la estancia y de los cursos de los ríos, a la gente le gusta dejar esa selva de pastos para protegerse de los ladrones de ganado. Inofensivos, estos atrevidos maleantes merodean como cazadores, navegan los ríos en canoa y aprovechan cualquier oportunidad para penetrar en las pampas, acercarse sigilosamente al ganado que pasta y así obtener de manera barata un jugoso *asado*.

Los bosques del sur del Chaco, las áreas coloniales, son particularmente pobres. Víctimas de la sobreexplotación, a la que se los ha sometido y que ahora sigue devorando como el fuego las áreas aún vírgenes del norte. Los quebrachos y urundays⁹ aprovechables han desaparecido. Lo que aún puede encontrarse es bosque nuevo. Matorrales, un terrible revoltijo de espinas que le rasga a uno la ropa y le desgarrar la cara y las manos mientras recorre a caballo los estrechos senderos que los animales han ido abriendo con el tiempo. Deben evitarse los ceibos¹⁰ y el algarrobo¹¹, el palo borracho¹² y el chañar¹³, y sobre todo los arbustos de vinal, al igual que las palmeras jóvenes, que tienen curvas espinas falciformes en sus largos pecíolos. Todo tiene pinches. Un verdadero "rocín criollo"

⁷ *vinal*: *Prosopis ruscifolia*: vinal de Santiago de Estero. Árbol argentino de tres a siete metros de altura, con espinas de hasta 30 cm de longitud, usado en carpintería (DRAE).

⁸ *chuñas*: de la familia de los cariámidos, son aves terrestres que corren en lugar de volar (aunque pueden volar a poca distancia). Tienen cuello, cola y patas largas, solo las alas son cortas, reflejando su estilo de vida. Son aves parduscas con crestas eréctiles, propias de ambientes secos como el Chaco Seco, que viven en el bosque ralo o pastizales abiertos (DRAE).

⁹ *Urunday*: *Astronium balansae*. Árbol argentino de la familia de las anacardiáceas, que alcanza 20 m de altura, de madera color rojo oscuro, que se emplea en ebanistería y en la construcción de casas y buques (DRAE).

¹⁰ *ceibo*: *calodendron crista galli* (N.A.), o *Erythrina crista-galli*.

¹¹ *algarrobo*: *prosopis juliflora* (N.A.).

¹² *palo borracho*: *choridis ventricosa* (N.A.), o *Chorisia speciosa*.

¹³ *chañar*: *gourliaeae decorticans* o *Geoffroea decorticans* (N.A.). En el texto aparece más adelante el nombre latino entre paréntesis. Es un árbol de la familia de las papilionáceas, espinoso, de corteza amarilla, y cuyas legumbres son dulces y comestibles (DRAE).

conoce bien los arbustos y árboles del Chaco. Solo por la fuerza es posible llevar a un caballo de campo debajo de las palmeras, sobre las hojas marchitas caídas que se levantan ligeramente al pisarlas y le lastiman al animal las patas. Pero conducir un caballo hacia las bromeliáceas¹⁴ que cubren el suelo debajo de los árboles resulta imposible. Incluso a través del cuero del calzado penetran las espinas de esta especie de piña silvestre si uno no puede resistirse a tomar una de las flores de tallo largo, en forma de vela. Montar en estos senderos del bosque se parece más a hacer ejercicios de estiramiento que al maravilloso movimiento de montar a caballo. A veces tiene uno que tirarse hacia atrás para evitar una rama que vio demasiado tarde, a veces acostarse sobre el cuello del caballo para salvar el ojo, a veces levantar las piernas para evitar el cabello cerdoso de un nopal¹⁵ que, en la adecuada compañía de la piña, hace que la maleza resulte aún más terrible. Mejor no hablar de las horrendas espinas de los saguaros¹⁶, porque se quiebran traicioneras cuando uno quiere sacarlas, causando heridas purulentas y una ligera parálisis. A veces me gustaba poner espinas en lugar de flores en un florero. Con frecuencia encontraba algunas de un palmo de largo.

Sería parcial querer hablar solo de estos recibimientos poco amables y espinosas de los matorrales del Chaco. También hay masas forestales dispersas de algarrobo, donde el suelo está cubierto de hierba tierna. A veces se ve allí un pequeño tatú, un armadillo, inspeccionando el suelo con el hocico, o se sorprende a un lagarto iguana tomando sol, que se aleja veloz como el viento.

Las ramas blanqueadas de los viejos quebrachos¹⁷ muertos se alzan sobre las copas de estos bosques jóvenes, en los que a los buitres negros les encanta posarse cuando quieren digerir una comida abundante. Se quedan atiborrados y perezosos y apenas levantan vuelo cuando uno se acerca. Los troncos de estos quebrachos muertos suelen sostener los brazos débiles de la *reina de la noche* (*Cereus grandiflora*¹⁸), cuyas flores flotan a la luz de la luna como grandes mariposas en la oscuridad del bosque. De las ramas inferiores, que aún disfrutan de la sombra de los árboles vecinos, se nutren líquenes. Delicados cactus lombriz (*Rhipsalis*¹⁹) hilan tejidos ralos alrededor de la madera muerta.

A la palmera de cera²⁰ le gusta asentarse en rutas húmedas, y en general su presencia es un indicio de zonas inundadas del Paraná y sus afluentes. Principal-

¹⁴ *bromeliáceas*: familia botánica. Hierba o mata por lo común anual y de raíz fibrosa, casi siempre parásita, con las hojas reunidas en la base, envainadoras, rígidas, acanaladas, dentadas o espinosas por el margen, con flores en espiga, racimo o panoja y con una bráctea, y por frutos, bayas o cápsulas con semillas de albumen amiláceo; p. ej., el ananá (*DRAE*).

¹⁵ *nopal*: *Opuntia* sp. (sp significa que hay varias especies de esta familia). Planta de la familia de las cactáceas, de unos tres metros de altura, con tallos aplastados, carnosos, formados por una serie de palas ovales de 30 a 40 cm de longitud y 20 cm de ancho, erizadas de espinas que constituyen las hojas, flores grandes, asentadas en el borde de los tallos, con muchos pétalos encarnados o amarillos, su fruto es el higo chumbo procedente de México.

¹⁶ *Saguaros*: Según el *DRAE*, planta de la familia de las cactáceas, que crece en las regiones desérticas de México y el sudoeste de los Estados Unidos, con flores blancas y fruto comestible. Aquí aparece en la Argentina.

¹⁷ *quebracho*: *Loxopterygium Lorentzii* y *Aspidosperma* quebracho, o *Schinopsis balansae*.

¹⁸ *O Selenicereus grandiflorus*.

¹⁹ *Rhipsalis* sp.

²⁰ O palma blanca, *Copernicia alba*.

mente en grupos reducidos en las lindes del bosque, ocasionalmente en el campo llano. Rodea particularmente de cerca las lagunas que se mantienen alejadas de las inundaciones anuales cerca de los cauces de los ríos. De sus penachos salen volando chillones loros verdes que se deleitan con la jugosa carne del corazón de la palmera. Otra palmera, que, a diferencia de las hojas planas de la palmera de cera, suele tener frondas de dos metros de largo, es muy escasa porque al ganado le gusta comer los retoños jóvenes. Solo las he encontrado a veces en lo más espeso del bosque, donde el ganado ya no puede penetrar. Es más habitual verlas plantadas en parques y jardines de las ciudades del norte. Al ceibo, una papilionácea cuyos racimos de flores de color coral son de una asombrosa belleza en noviembre, también le encantan los estanques y las cuestas.

Al borde del camino se curvan bajos y redondos *echinocactus*, cuyos cálices abiertos solo se pueden ver en las primeras horas del amanecer. A diferencia de estos cactus erizo, el cactus columnar (*Cereus giganteus*²¹) alcanza la altura de los árboles. Exótico y extraño, se destaca entre los árboles de hoja caduca.

Es en primavera, en octubre y noviembre, cuando el bosque del Chaco está más hermoso. Cuando el chañar (*Gourliaca decorticans*) extiende su pelusa de flores de color yema de huevo contra el radiante azul del cielo y despiden un aroma embriagador, cuando en las lindes del bosque las flores rosadas, teñidas de púrpura, del lapacho²² (*Tabebuia avellanedae* Lorentz) flotan como nubes matutinas, cuando en todas partes en las ramas de viejos algarrobos las especies de tillancia²³ con flores púrpuras y blancas rosáceas flotan en sus lazos de hojas, y las lianas con sus flores de color marfil rocían las copas de los árboles enteras, entonces el bosque espinoso se vuelve atractivo. Pero ya en pleno verano, y aún más en la sequía del invierno, ofrece un triste espectáculo.

El hombre de campo no ama el bosque. Le impide arrear el ganado, que aquí en el norte todavía es salvaje y arisco. En un momento sin vigilancia, los animales se les escapan a los arrieros, desapareciendo silenciosamente en el monte. Sobre todo los que se han herido al rascarse contra el alambre de púas o están débiles a causa de alguna enfermedad. Cuando uno advierte la ausencia del ganado enfermo, por lo general ya no vuelve a encontrarlo. Entonces el *tropero* maldice el *campo sucio*.

La construcción del rancho

No es poca cosa hacerse una casa en medio del monte sin ser un arquitecto calificado. Lo mejor que puede uno hacer es recurrir al vecino cuya cabaña parezca más sólida, en busca de consejo y ayuda, por más que viva a varias leguas de distancia. Justo al comienzo de la estada construir una casa de piedra es demasiado costoso para los colonos debido a las numerosas compras de máquinas y animales, que son más importantes. Por eso también nosotros nos construimos un "rancho", una cabaña de adobe.

²¹ O cardones (plural), *Cereus giganteus*.

²² *lapacho*: *Tecoma lpe* (N.A.).

²³ *tillancia*: clavel del aire.

Lo primero que hay que hacer es talar en el monte las palmeras más rectas y quebrachos fuertes. Las palmeras sirven para la estructura de las paredes y las vigas del techo, los quebrachos, como pilares esquineros y soportes del frente. Los bueyes los acarrean con cadenas desde el monte hasta el lote, cosa que demora muchos días. Mientras un hombre se ocupa de ese trabajo, otros traen tierra buena, negra, que es preciso aflojar de las raíces, en carretas tiradas por bueyes. Eso demuestra cuántos bueyes se necesitan para poder trabajar bien. No sirve de nada pedirlos prestados, porque justo cuando uno está haciendo el trabajo más importante, el dueño se los lleva porque los necesita. Entonces hay que detener la construcción quién sabe por cuánto tiempo. Es más prudente conformarse con un rancho, pero disponer de suficientes bueyes mansos para la agricultura.

Debajo de la tierra que se está trayendo hay que tirar un carro lleno de estiércol de vaca fresco cada dos carretadas. Y también cenizas de madera limpias que habrá recogido el ama de casa. Así puede uno confiar en obtener la firmeza adecuada para un revoque duradero. Se necesitan de veinte a cuarenta carretas de tierra, dependiendo del tamaño de la construcción. Alrededor de la tierra acarreada, para poder partirla bien y mezclarla con el estiércol, se hace un cobertizo de leña bajo. Un peón trae todo el tiempo agua y la vierte encima. Se necesitan seiscientos o setecientos litros. Otro peón está parado con los pantalones arregados en el "barro". Tiene una gruesa costra de tierra pegada en las piernas. Una vez que la tierra está repartida y el agua ha penetrado por todas partes, se ensilla un caballo fuerte y se lo hace amasar el barro durante varias horas. A eso se le llama pisotear. Si se hace una construcción más grande, lo mejor es cercar enseguida esa masa resbaladiza y hacer dar vueltas en círculos a una tropa, una manada de animales, hasta que no queden terrones duros y el barro esté maleable aunque espeso. Cubierto con una capa de agua, debe reposar unos días antes de poder usarlo. No hay que pensar que se trata de un revoque fácil de hacer. Nosotros habíamos mirado bien cómo lo había hecho todo don José, pero este revoque tiene sus secretos, igual que la masa de un sabroso pastel. Después, cuando hicimos nuestro propio barro para reparar el cobertizo, resultó un completo desastre y no se pudo usar. No se adhería, se le hicieron grietas y se caía.

Mientras la arcilla descansa, se nivela el espacio reservado para la casa, se entierran los pilares de las esquinas y los postes centrales, y se levanta la palmera más recta y más larga como viga central para el techo. Este es un trabajo duro, porque los troncos de las palmeras son increíblemente pesados. Los pilares de las esquinas también se unen con palmeras de una punta a la otra y se conectan entre sí con alambres. Después de esto, se puede iniciar la instalación de la estructura de las paredes. Palmeras a la mitad se entierran una al lado de la otra a un metro de profundidad, en línea recta de un poste de la esquina a otro. Donde está previsto hacer ventanas y puertas, en lugar de la estructura de las paredes se insertan postes de quebracho firmes, en los que posteriormente se enquician los marcos correspondientes. La estructura de palmeras terminada se clava bien horizontalmente con ramas lo más rectas y delgadas posible, para que el primer revoque de barro quede mejor pegado. Pero antes de empezar con el revoque, es mejor terminar el techo. Si se construyen las paredes de arcilla y recién después se comienza a trabajar en el techo, las paredes se agrietan enseguida por la fuerte presión de los trabajadores en movimiento, ofreciendo espléndidos escondrijos

para arañas y cucarachas. Pero si las paredes quedan bien selladas, uno permanece a salvo de esos molestos huéspedes durante varias semanas.

A la viga central del techo, que debe ser dos metros más alta que las palmeras horizontales que conectan los pilares de las esquinas, también se atan con alambre palmeras (cortadas a la mitad) a una distancia de cincuenta centímetros, cuyos extremos se apoyan en la estructura de las paredes. Las vigas del techo se unen y se sujetan con listones angostos de modo tal que se forme un entramado cuadrado parejo.

Hay varias formas de cubrir los techos en la zona de Resistencia. Primero, con paja, *paja mansa*, pero no soporta las lluvias más de un año; segundo con chapa, pero es muy caluroso y no se puede usar sin una cubierta de paja; tercero con *tejas*, que para mí es lo más práctico y bonito. Las *tejas* están hechas con tallos de palmeras, partidos por la mitad. Se les quita la médula de fibra blanda, de modo que, dependiendo de la longitud del tronco, se forman canalones con forma de canaleta, de dos a cuatro metros de longitud. Después de haberlos dejado en agua durante un mes, resisten la penetración de la carcoma, brindando así un material de construcción duradero. Las *tejas* se disponen sobre el andamiaje del techo en la misma dirección que las vigas, en hileras apretadas, con la abertura en forma de canaleta hacia arriba, mientras que la segunda hilera de *tejas* se coloca encima. Pero la segunda se pone al revés, con la abertura hacia abajo, alcanzando desde el centro de una canaleta a otra, cubriendo así los intersticios de la primera hilera de *tejas*. Rara vez lloverá a través de esa clase de techo, a no ser que el viento mueva una *teja*. Es aireado y fresco. Además, en el borde del techo se forma un dibujo que siempre deleita la vista. Para la fabricación de las *tejas*, técnica que los indios dominan a la perfección, hay que pagar de 22 a 25 pesos por dos metros o dos metros y medio de longitud. Los costos de producción son más altos que con la chapa ondulada y son particularmente altos en áreas del Chaco Central, donde a menudo la palmera desaparece por completo.

Terminado el techo, volvemos a las paredes. Ahora viene el uso práctico de la arcilla. El primer revoque es el más fácil. Se tira directamente sobre la estructura de madera, pero no se puede aplicar demasiado grueso. Una vez que se ha secado, se empieza con el segundo. Este sirve principalmente para cerrar los agujeros más grandes, que no quedaron cubiertos por el primero. Para la última capa, la arcilla se diluye un poco para moldear y eliminar todas las irregularidades con el pulpejo del pulgar. Llegado este punto, solo resta encalar las paredes y hacer el suelo.

En la mayoría de los casos, las mujeres colonas tienen que prescindir de ambas cosas. Los costos de transporte de cal y ladrillos son demasiado elevados. Es cierto que uno podría cocer por sí mismo los ladrillos, pero como es un trabajo que requiere tiempo y esfuerzo, además de que es bastante difícil de aprender y no produce ningún interés, se lo desestima como un despilfarro. Es más importante cercar la tierra comprada, protegerse de la pérdida de animales y trabajar la chacra.

Nadie puede decir que un rancho parece confortable. Ni las personas que tienen debilidad por la cultura de la vivienda, ni mucho menos la pobre buena ama de casa, para la cual la limpieza y el orden son conceptos vitales, acostumbrada a pisar baldosas, linóleo o incluso suelos de parqué, educada para guardar cada cosa en un lugar protegido y no tolerar telarañas. Ni pensar en tener

muebles decentes. Con el tiempo resultan imposibles de imaginar siquiera. Aparte de que primero habría que inventar muebles de rancho, porque el mobiliario urbano es ridículo y muy inapropiado.

Un "catre" suele hacer las veces de cama, un estante tambaleante (tambaleante porque uno no sabe cómo hacerlo) aún las características de aparador y biblioteca, cajas y maletas reemplazan a las sillas. Un armario es una rareza. Por lo común no hay vidrios en las ventanas. En primer lugar, porque son caros; en segundo lugar, porque en la mayoría de los casos llegan hechos pedazos cuando los traen en carro por caminos de ocho, diez e incluso doce leguas llenos de "pozos". Es mejor clavar una malla de alambre en el marco, aunque, si bien evita que entren mosquitos, deja libre acceso al polvo. Un europeo no tiene ni noción de cuánto polvo puede llegar a acumularse con un clima tan seco. Como el rancho está construido a nivel del suelo, siempre parece que el piso no está barrido. Por la noche, debido al calor insoportable, uno se ve obligado a dejar las puertas abiertas: una razón para que todo tipo de bichos obtengan un conocimiento más preciso del rancho. No era raro que a la mañana yo pusiera de patitas en el patio a setenta ranas con osado ímpetu, que encontrara serpientes entre mis cartas del bibliorato o que sintiera miedo y repugnancia cuando el primer encuentro sorprendente con una tarántula peluda del tamaño de un puño me hizo dudar de su peligrosidad.

¡Qué sentimientos realmente cariñosos me invadían de repente por aquellas pequeñas arañitas que tan admirablemente se dejaban caer desde la paja del techo y de entre las *tejas*, balanceándose en silencio en finos hilos hasta la mesa, que era al mismo tiempo mesa del comedor, mesa de costura, escritorio y mesa del salón! Esas arañitas que al comienzo de mi estadía yo aún solía perseguir con despiadada brutalidad y expresiones violentas. ¡Qué benévola resulta su naturaleza en comparación con aquellos incordios, los insidiosos bichos colorados, que tanto proliferan en el suelo seco del rancho, y que solo pueden eliminarse de los dedos de los pies mediante dolorosas operaciones! ¡Cuán inofensivas son en comparación con los aún más peligrosos mosquitos que suelen recompensar con malaria a la persona que no se refugia noche tras noche debajo del mosquitero!

¡Cuántas veces me habré quedado despierta por la noche pensando en mis amigos mientras un papá rana tocaba su grueso contrabajo debajo de mi catre! ¿Cómo darles una idea clara a los que viven en sólidas casas de campo o en la ciudad, rodeados de cientos de comodidades, que llevan una existencia segura de funcionarios públicos, a las personas de los centros culturales en general, de lo que significa para un europeo luchar alejado de todo contacto con la vida espiritual? Uno está ahí, viendo cómo las últimas posesiones de esa vida, sus amados libros, son devorados por infames escarabajos hasta dejarlos ilegibles, sin poder hacer nada al respecto, ya que esas fútiles criaturas no sienten ningún respeto por Goethe, ningún temor por los expresionistas, ni se dejan disuadir de su glotonería por la dulzura de las canciones de Hafis²⁴. No, imposible explicarlo.

²⁴ *Hafis* o, más correcto, *Hafiz* (el que sabe de memoria el Corán): nombre con el que se honró a Mohammed Schemseddin, un poeta y místico persa, 1315 o 1325-1390. Su colección de poemas en forma de "ghazel", *Diwan*, fue traducido al alemán en 1812 por el orientalista Josef von Hammer-Purgstall, e influenció fuertemente a Goethe, quien a partir de 1814 escribió su obra *Diván de Oriente y Occidente*, publicada en 1819. Es una colección de poemas inspirados

Sin embargo, nuestro rancho causa una profunda impresión en los nativos porque está encalado, y en todas partes lo conocen como "Casa Blanca".

Lecho nocturno

El aire es pesado y denso en el rancho bajo. A pesar de que el sol ya se ha puesto y la noche ha caído sin ocaso sobre el paisaje, ni la más mínima brisa refresca la habitación. Con la desaparición de la luz del sol, ha comenzado el concierto de mosquitos en la casa. Al igual que en el entramado del bosque, los suaves sonidos vibran hacia arriba y hacia abajo. Cuanto más se envuelva uno, más se libraré de las picaduras. Las piernas están metidas en bolsas. La cara y las manos las tengo en constante movimiento defensivo. Imposible escribir una carta, concentrarse en una idea o enfrascarse en un libro. Tengo que escapar. El lugar más seguro es la cama, debajo del mosquitero.

Si uno ha metido la red de tul de malla fina debajo del colchón por todas partes, poniendo empeño en no dejar ninguna abertura y además ha cazado a los villanos dentro del mosquitero, puede disfrutar del descanso y leer un rato a la luz de la lámpara. La puerta está abierta de par en par, pero aun así no entra el fresco de la noche. Solo las polillas vuelan continuamente hacia la luz, dibujando círculos cada vez más pequeños alrededor de la llama amarilla en su zigzag, hasta que el ardor sibilante paraliza sus alas y caen sobre la mesa. Hasta un mamboretá²⁵ verde claro, similar a la mantis religiosa europea, se consume a la luz. La inquietud de los insectos aleja los pensamientos, es terrible observar su estupidez. Rápidamente apago la luz. Justo a tiempo para salvar a un bajo profundo que acaba de entrar zumbando y se da la cabeza contra la pared. Es un ruido breve y estridente, seguido de un silencio en que se aguza el oído, hasta que vuelve a gatear, toma impulso para salir volando y golpearse la cabeza contra otra pared. ¿No es ridículo el parecido con nuestros propios destinos? Luego se hace silencio. Tanto silencio que se escucha respirar la oscuridad, que me ronda a hurtadillas como un ser vivo y se sienta pesadamente sobre mi pecho. Apenas puedo respirar. El bochorno se vuelve insoportable. Hace rato que me quité el camisón y aparté la sábana, pero el sudor me empieza a correr por el cuello, baja por el pecho y se acumula en mi espalda. No hay quien lo aguante.

Sin vacilar, me levanto de la cama de un salto, tiro las sábanas y el colchón sobre la silla más cercana y arrastro el *catre* hasta el patio. ¡Qué maravillosa y clara noche estrellada! El aire es más ligero, aunque no más fresco. En un segundo tiendo la cama, el mosquitero colgado de la parra. Ahora sí voy a dormir.

Cierro los ojos e imagino que desciendo a un pozo profundo, cada vez más profundo, hasta que todo está completamente oscuro, se disipan los pensamientos perturbadores, se apaga la conciencia y me invade el sueño. ¡Qué dicha

en la obra de Hafiz con comentarios. Aquí la autora se refiere al poeta tal como lo refleja la obra de Goethe.

²⁵ *mamboretá*: un tipo de mantis, insecto grande y delgado de color verde, que suele aparecer solo.

apartarse así de la realidad! Pero por los oídos penetran hasta el cerebro silbidos vibrantes, estridentes, como si sonaran cientos de silbatos de vapor. Aturdida por el sueño, vuelvo a aguzar los oídos, abro los ojos. ¡Ay!, los grillos, esas chicharras, ¿dónde estarán? Todo el aire parece estremecerse con su tono agudo y estridente. A veces, esos chillidos parecen ceder y luego aumentar de volumen al máximo, pero nunca cesan. Una inquietud y una ligera agitación despierta aquel extraño sonido. Es imposible que me invada el sueño con la insistencia de ese ruido. Los ojos comienzan a escudriñar la oscuridad, el oído a examinar cada sonido. A mis pies aparecen pesadas copas de árboles redondas, a mi derecha, la pared de cal blanca de la casa flota entre la sombra oscura del techo y el color gris tierra del suelo. El perfil rígido de un viejo cactus se recorta sobre el cielo en mi cabecera. Por encima de mí se dibujan los cuadrados de la parra. ¿No se mueve algo entre las hojas? Baja crujiendo por el poste y se arrastra en el suelo. ¿Una serpiente? El corazón me late atormentado, asustado por el silencio de la noche, el calor sofocante del aire. Un animal lanza un grito de dolor. Las ovejas en el corral a mi izquierda, aterrorizadas, se precipitan hacia un rincón y aguzan el oído. Oigo su respiración entrecortada... Me incorporo sin aliento en mi cama. ¿No hay unos ojos, fijos en mí? Vuelve a acostarte, dice mi mente, es el bochorno de esta noche tropical. ¡Cómo me arden los párpados! Estoy agotada.

Sobre el bosque parece soplar viento. ¿O es solo un murmullo en mis oídos? ¿Será el cansancio lo que me confunde? Una ráfaga de viento revolotea sobre mí. Levanto la cabeza y oteo el horizonte. En el sur y en el norte, se elevan muros muy oscuros con una velocidad asombrosa. Todavía empapada de sudor, empiezo a temblar bajo las ráfagas de viento que se hacen más frecuentes. Subo la manta que está a mis pies hasta los hombros. Seguramente ahora vendrá lluvia, ahora que comenzaba a hundirme en la inconsciencia del sueño. Mi mosquitero comienza a hincharse como una vela, el viento ruge entre los árboles, el techo de chapa de la cocina golpetea. Luego, silencio de nuevo. Solo un sonido a la distancia, similar al bramido sordo de olas que rompen. Amanece de a poco. En el horizonte centellea. ¿Y si pasa la tormenta? ¿Tendré que volver adentro?

Me acurruco en el *catre* y escucho el salvaje canto de la tormenta que resuena cada vez más cerca y más fuerte. Las latas de maíz vacías revolotean por el patio con un quejido metálico, algunas tejas de palmera caen del techo del gallinero, el concierto de chapa se convierte en un salvaje redoble de tambores que me deja casi sin aliento. El viento arranca el mosquitero, que sale volando hecho jirones. Y luego se acerca rodando y se traga las cercas a mi alrededor, la silueta del rancho al lado, una enorme pared de polvo, ancha y oscura. Los árboles crujen, la parra vibra, caen hojas y trozos de madera. La arena y el polvo se abaten sobre mí, se me pegan a los ojos, rechinan en mi boca, cubren toda la cama y me hacen picar la piel. Se oye un portazo. El perro, asustado, le ladra al aire revuelto...

Unas grandes gotas caen con un chasquido. Recojo a toda prisa mi cama y huyo a la habitación. Noto un calor sofocante al entrar. Pero ¿qué importa eso ahora? En el techo de paja resuena una lluvia maravillosa y ya comienzan a caer gotas en la palangana dispuesta bajo la zona dañada desde mucho tiempo atrás.

El oro blanco

¿Quién no conoce este lema, acuñado seguramente en Estados Unidos, que llegó también al continente hermano del sur? Por este lema, una corriente de inmigrantes entró en el Chaco y otras provincias del norte de Argentina, con la esperanza de un futuro asegurado. ¡Y qué pocos tuvieron éxito!

Ya una sequía de semanas o meses reseca los campos y el algodón deja caer hojas y cápsulas; ya los ríos, alimentados por las aguas de deshielo de la cordillera y las lluvias tropicales del norte, crecen e inundan todas las zonas ribereñas ahogando muchas plantaciones de algodón; ya vienen langostas u orugas y lo devoran todo, hasta que solo quedan tallos en las chacras. Pero el lema lo encubre todo, los inmigrantes vienen y piensan que están en condiciones de cultivar algodón. Aunque fueran excelentes agricultores, necesitarían conocer mejor las tareas pertinentes. Los alemanes afroorientales y los rumanos²⁶, los italianos y los rusos, los suabos y los gallegos, de todo el mundo llegan bajo un mismo lema: "algodón".

Pero el algodón es una planta delicada y solo produce rentabilidad cuando recibe los cuidados adecuados. En mayo o junio, el agricultor debe comenzar a labrar la tierra. No solo debe concentrarse en airear bien la tierra, sino sobre todo en preservar la mayor cantidad posible de la humedad natural del suelo, pues esta es la condición básica y el secreto del éxito. Hay que arar dos veces. En mayo y luego de nuevo en agosto. La primera época del año es climáticamente favorable para inmigrantes germánicos, ya que es invierno, y la temperatura diurna se mantiene entre los 10 °C y los 25 °C. Pero ya con la segunda arada, en agosto, la situación cambia por completo. Entramos en el período más seco del año. Las temperaturas se elevan cada día más. En septiembre no es raro que se registren 35°, pero también puede llegar a 40°. El sol pega constantemente sobre animales y seres humanos. Es la época en la que los bueyes deben cambiarse, si es posible, cuatro veces al día. Mientras dura la labranza, el agricultor está envuelto en una opaca nube de polvo. Cubierto de sudor y de polvo, con los ojos inflamados por la claridad destellante y la polvareda en la que se tropieza todo el día, se tambalea, exhausto, al atardecer hacia su choza. Por lo general, un embotamiento absoluto y un fatalismo proverbial en el Chaco

²⁶ La autora está llamando la atención sobre la inmigración desde la antigua colonia alemana en el sudoeste de África, Tanzania. Curiosamente, la otra autora que presentamos en este tomo, Franziska von Scheele-Willich, había estado durante varios años en la otra colonia alemana, la actual Namibia, donde conoció a su marido y procedentes de la que encontró en Charata a otros inmigrantes que habían colonizado África del Sudoeste. Con los alemanes de Rumania se refiere a pobladores provenientes de Transilvania. En el *Cuaderno del Archivo* 4 (2018: 125-130) Cecilia Galleró presentó a Rotraud Wieland, una alemana de Transilvania que emigró con su marido a Misiones, luego de la Segunda Guerra Mundial. El Rey Andrés II de Hungría otorgó privilegios especiales a los sajones en Transilvania con el Diploma Andreanum de 1224, incluyendo el autogobierno bajo una guía real. Según la señora Wieland, el rey Andrés II llamó a los sajones para poblar la "pura selva", como un modo de frenar las invasiones del este, de los hunos; los suabos del Banat fueron mucho más tarde, durante el Imperio Austro-húngaro, a esa zona, más al suroeste de Rumania. Aquí la referencia es a una emigración anterior con el mismo trasfondo histórico.

prueban el excesivo agotamiento del cuerpo. Cada día, el trabajo progresa más lentamente. El suelo, cuyos terrones arcillosos ya no se parten y parecen cemento, se vuelve cada vez más duro. En los lugares donde la tierra blanca se destaca claramente como una mancha de la tierra buena, ya no penetra el arado. Salta fuera del surco y resbala, cortando la tierra como un cuchillo. Cada vez más rápido, la reja del arado se desgasta y es preciso afilarla a diario. Sin embargo, no hay que cejar en la labranza: cuanto mejor se labore la tierra, mayores serán las garantías de una buena cosecha. A finales de septiembre o principios de octubre debe estar todo listo para la siembra. Se supone que octubre es el mes que trae las cálidas lluvias de primavera. Pero en los últimos años, con excepción de la primavera de 1928, cuando se observó un gran cambio en la cantidad de precipitaciones, algunas colonias tuvieron que esperar uno o dos meses para sembrar. De antemano, eso supone una pérdida de la mitad del rendimiento del cultivo. Es necesario haber vivido alguna vez esta espera de las primeras lluvias para poder comprender hasta qué punto consume los nervios. Como muchos que, abatidos por las malas cosechas del año anterior, no eran capaces de tener la paciencia necesaria y confiaban sus semillas a la tierra a pesar de la sequía. El éxito enseguida se hace evidente. Las semillas germinan. Pero apenas asoman de la tierra las primeras puntas de las hojas, se queman por falta de humedad. Entonces hay que volver a comprar semillas... El que conoce las circunstancias entiende la impaciencia de esta gente. Casi todos los colonos basan su nueva existencia solo en este producto. Si no obtienen beneficios, se habrá perdido un año de trabajo, un año de esfuerzo, mucho dinero y gran parte de libertad.

Si ha habido una cantidad suficiente de humedad, es necesario trabajar con gran rapidez para aprovechar la totalidad de las precipitaciones. El primer día después de la siembra comienza la principal temporada de trabajo para los colonos: el control de las malezas. El deshierbe, aunque se lleve a cabo con la mayor tenacidad, difícilmente pueda afrontarse sin ayudantes remunerados. Las abundantes lluvias de la primavera son la causa de ese enorme crecimiento. Cuando el peón todavía está ocupado en las últimas filas, el *yuco colorado*²⁷ ya vuelve a destruir en las primeras filas limpias las plantas de algodón, el *tragus*²⁸ atrofia su crecimiento. El colono no descansa un momento. Vive literalmente acosado por los yuyos que crecen con gran rapidez. Es como una carrera entre los humanos y las malezas. No olvidemos la temperatura que azota la región. Mantener indios cavando, para quienes esta temperatura nunca es tan perjudicial como para el alemán inmigrante, es algo que muy pocos son capaces de lograr a causa de las cosechas de los últimos años, inferiores al promedio. Alemanes, rusos, suizos están expuestos a una temperatura agotadora durante días, semanas e incluso todo el año. Sus excelentes hábitos de vida, su intensidad de trabajo y la tenacidad de su voluntad para superar las circunstancias

²⁷ *yuco colorado*: yuco es una especie de Mamey, árbol perenne americano, de gran tamaño, hasta 50 m., con copa ancha, solo crece en clima tropical. Tiene frutos comestibles después de cocción. Aquí sin embargo la autora parecería referirse a otra planta, una maleza que estorba el crecimiento del algodón.

²⁸ *tragus*: un tipo de pasto.

van aquí en detrimento de su fortuna y de su salud. Si no se pueden cambiar las condiciones económicas y el inmigrante nórdico no puede mantener mano de obra nativa para la época más calurosa, son demasiado grandes los sacrificios que hace para tener una perspectiva muy incierta de un ingreso dudoso.

En este momento del combate contra las malas hierbas, al agotamiento por el calor se le suma el de las plagas. Después de las lluvias de primavera, proliferan los mosquitos que echan a volar en nubes a medida que uno atraviesa las hileras de plantas de algodón, porque durante el calor del día permanecen en el reverso de las hojas. Se abalanzan sobre el peón y no lo dejan en paz. Vienen los jejenes, cuyas dolorosas picaduras hacen hinchar las manos y los pies, y los polvorines²⁹, que vuelan a los ojos y a la boca, y lo ponen a uno nervioso con su intrusiva presencia.

Así se acerca el pleno verano, y con él un gran número de plagas del algodón, algunas de origen animal, otras de origen vegetal. Por plagas de origen animal se entienden los daños provocados por insectos; los otros son de naturaleza bacteriológica. Al cavar la tierra, se ven de repente huecos en la siembra y se descubren las hormigas cortadoras de hojas que se llevan los brotes jóvenes. Llegan las primeras noticias del norte que informan que se han visto langostas. Cuando ese mensaje flota en el aire, el colono sabe que una vez más la cuestión es ser o no ser, todo está en juego, porque las langostas son muy perjudiciales para el algodón. A veces destruyen un campo cultivado en cuestión de horas. Por eso uno intenta mantener el control de la situación a toda costa tan pronto como se ven las primeras nubes, para evitar que las langostas se instalen en los campos de algodón. ¡Qué inofensivos parecen los primeros vuelos de reconocimiento! Como si en el aire vibraran unas partículas plateadas, pero cuando llegue la gran masa en caravana, el cielo se oscurecerá. Por suerte, yo no lo he visto. Entonces se produce un ruido ensordecedor con latas o se agitan telas grandes, corriendo de aquí para allá por la plantación para ahuyentar a las langostas con el alboroto. Después del mes de diciembre, se acaba el peligro de las langostas. Llegan entonces la época de más calor, de mayor crecimiento del algodón. El algodón y las malezas se desarrollan maravillosamente si reciben una buena lluvia más o menos cada dos semanas y pueden disfrutar de un calor constante de día y de noche. Pero por desgracia el tiempo no se rige en lo más mínimo por los deseos de los colonos. En enero y febrero, los períodos secos son frecuentes. Es fácil darse cuenta cuándo al algodón le falta agua. Al principio, las hojas cuelgan sin brillo solo durante las horas del mediodía, luego las hojas inferiores comienzan a ponerse amarillas y finalmente se caen. Si la sequía dura más tiempo, también se secan los brotes y las yemas de las cápsulas. En enero llega la mítica secuela de las plagas. En primer lugar, aparece la isoca, una oruga que se extiende por toda la planta y con frecuencia se come todas las hojas. Es de color verde claro, con llamativas rayas laterales oscuras. Luego está un lepidóptero que en el Chaco se llama simplemente oruga, de color verde o marrón. Si durante el deshierbe, que nunca debe cesar, uno ve las primeras plantas comidas, ya sabe de qué se trata. Entonces es hora

²⁹ *polvorín*: un tipo de jején. En el Chaco abundan diversas especies de este minúsculo insecto.

de bajar las grandes bombas del techo del cobertizo y con los pulverizadores en la espalda recorrer las hileras de plantas pulverizando. El sol quema la cabeza y la solución le carcome a uno la ropa. Pero no hay tiempo para pensar, hay que darse prisa, de lo contrario en la plantación solo quedan varículas, nada más. Y además uno está feliz de poder trabajar. Peor es cuando llueve. Entonces no sirve de nada pulverizar, ya que la lluvia enjuaga el veneno. En ese caso no queda más remedio que ver cómo engordan las orugas, cómo las plantas se van quedando sin hojas y cómo se estropea el trabajo de tantas semanas. Uno se ve en la grotesca situación de estar maldiciendo la lluvia que normalmente, en pleno verano, es vista como el néctar celestial de los dioses.

Alternando estas experiencias tan agradables, llega el momento de la cosecha. Es el último obstáculo espinoso por el cual se malogra cierto éxito pecuniario. Hay colonos que viven lejos de la estación de tren más cercana. Los recolectores de algodón se niegan a salir hasta ahí, aunque se les ofrezca un beneficio monetario. La desconfianza de la información que se les da y las dificultades del retiro los mantienen alejados. Entonces puede ocurrir que uno tenga algodón pero no pueda cosecharlo todo, sobre todo si solo hay brazos europeos disponibles. Las cápsulas maduran y se abren, y brota el copo nevado, tan limpio y apetitoso. Es un gran placer ver ese éxito de un largo año. Pero cuesta una enorme cantidad de trabajo continuo que, dadas las dificultades descritas y las cambiantes condiciones climáticas, los europeos del norte no son capaces de realizar a largo plazo.

Sobre la rentabilidad del oro blanco

Al inmigrante que va al Chaco como colono se le asignan cien hectáreas de tierra si tiene una familia. De esas cien hectáreas, entre cuarenta y cincuenta son tierras cultivables; el resto son montes y pastizales. Esos montes y pastizales no son suficientes para mantener la cantidad de ganado necesaria para asegurar el nivel de subsistencia mínimo de la familia. Por lo tanto, quien va al Chaco debe tener bien clara una cosa: depende exclusivamente de los ingresos de la venta de algodón. Para plantar suficientes batatas y maíz para el sustento básico apenas queda tiempo, dada la constancia de los cuidados que requiere el algodón. ¿El cultivo de algodón garantiza la subsistencia? He aquí la pregunta que debemos plantearnos si queremos analizar correctamente la situación de los pequeños colonos. Del capítulo anterior se desprende con claridad la cantidad de peligros que amenazan el rendimiento de los cultivos. Así pues, quien va al Chaco para producir algodón arriesga su futuro, especula con él.

La segunda pregunta que se plantea de inmediato es la siguiente: ¿es tan alto el precio del oro blanco que, a pesar de todas las pérdidas y las malas cosechas, se justifica el afán por cultivar? Veamos: si al final de la cosecha el colono contabiliza sus gastos en materiales y mano de obra, obtendrá un ingreso promedio de 200 pesos por tonelada. La oferta de algodón ha variado en los últimos años de la siguiente manera: en el año 1926 se pagaban 250-280 pesos por tonelada al comienzo de la cosecha. Luego, el precio fue cayendo lentamente a 180 pesos. La reducción de precios se atribuyó a las excelentes cose-

chas de Estados Unidos, que produjo una sobreoferta en el mercado del algodón. Para salvar al agricultor se debían retirar varios millones de pacas, a fin de poder mantener ese precio ya de por sí muy bajo. En Chaco, ese año la cosecha fue un completo fracaso en Charata, donde viven muchos colonos alemanes. En las colonias de Machagai se cosechó hasta una tonelada y media por hectárea, al igual que en el área de Resistencia, lo cual da pruebas de una buena cosecha. Por lo tanto, los precios antes mencionados cubrieron el costo de la siembra, solo parcialmente el costo de vida durante todo el año, y no dejaron un centavo de capital para el nuevo año.

Muchos colonos, desanimados por este fracaso, abandonaron sus chacras. Eso no ocurrió solo en el Chaco. Se calcula que se cultivó un 8 por ciento menos de algodón en Estados Unidos. Los que se mantuvieron fieles al algodón contaban, en consecuencia, con un aumento de precios. ¡Qué decepción cuando a comienzos de la cosecha de 1927 se ofrecía la friolera de 150 pesos! Los recolectores, que hasta entonces recibían de 9 a 10 pesos por cada cien kilos de algodón recogido, ganaron solo 5. El declive económico era generalizado y se mantuvo hasta la inundación del Misisipi. Luego, el algodón comenzó a aumentar. Como en Estados Unidos se temía una carestía, varios millones de pacas de la sobreproducción del año anterior fueron lanzadas al mercado, manteniendo así estable la oferta en 280-300 pesos. La cosecha de ese año fue de mediocre a pobre debido a una sequía prolongada en enero y numerosa presencia de orugas. La mayoría de los colonos, que esperaban saldar aquel año las deudas contraídas el año anterior, estaban aún más acorralados. Muchos no encontraron otra alternativa que abandonar sus cultivos después de perder su capital.

En 1928 se presentó el siguiente panorama: al comienzo de la cosecha se pagaban 250 pesos. En abril y mayo, el precio subió a 335 pesos por tonelada para luego empezar a descender, hasta que en agosto solo se ofrecían 240-280 pesos por los mejores productos. En las cercanías de Machagai y en la zona del Paraná se recogió hasta una tonelada y media, en la desafortunada Charata, en cambio, solo se cosecharon 300 kilos por hectárea.

Estas consideraciones acerca de los últimos años son suficientes para responder negativamente la segunda pregunta: si el precio del algodón es tan alto que, a pesar de todas las pérdidas y malas cosechas, se justifica el afán de cultivar. Las oportunidades de ganancias de ninguna manera compensan los sacrificios de salud y trabajo que debe hacer el algodonero germánico. Causa gran indignación que una publicidad sin escrúpulos siga atrayendo nuevas familias a las zonas algodonerías. Pues la oferta del Chaco no tiene ninguna influencia para compensar los fracasos locales aumentando los precios en el mercado mundial. La cantidad producida en el Chaco es escasa. No tiene relevancia en el mercado mundial (se estima en 80.000 hectáreas la superficie cultivada). Sin embargo, hasta ahora la calidad aún no se ha especializado, es decir, no se ha logrado producir una longitud de fibra ni una consistencia particular; tampoco se crearon las condiciones básicas para introducir un tipo de semilla uniforme, de modo que ni siquiera con la denominación "*algodón del Chaco*" pueden obtenerse precios. El colono de las provincias del norte de Argentina depende, pues, de la oferta del mercado mundial.

Para las pequeñas empresas, las condiciones en el Chaco son absolutamente desfavorables. La incertidumbre de la existencia, exacerbada por las fluctuaciones climáticas de pronunciada irregularidad e imprevisibilidad, disminuiría tan pronto como se llevaran a cabo las obras hidráulicas que irrigaran las áreas apropiadas. Si hubiese represas que contuvieran las inmensas masas de agua que amenazan las zonas ribereñas cada año, no solo se evitarían las inundaciones anuales, que, como ocurrió este año nuevamente, destruyen tantos cultivos. También se podrían reducir finalmente los efectos de la sequía y, por lo tanto, eliminar uno de los peores factores que amenazan las plantaciones. Dado que la tierra del Chaco es en parte excelente, como lo demuestra el hecho de que el algodón se puede plantar seis o incluso siete veces seguidas, sin tener que dejar descansar o fertilizar el suelo, se podría ir más allá de los simples cultivos de algodón. Se podría hacer mucho para mejorar la calidad de vida. Si el riego garantizara un mayor rendimiento de los cultivos, los nativos podrían ser contratados para la época más calurosa. Se podrían ahorrar muchas angustias a los colonos, y se lograría un lento progreso. ¡Cuántas riquezas se generarían para el país si se pudiera evaluar la riqueza hidráulica del Paraná!

Pero hasta que no se construyan las represas del Paraná y del Bermejo, se verán defraudadas las esperanzas de mucha más gente que va al Chaco con la voluntad de asegurar el sustento de sus familias. Durante muchos años aún seguiremos cabalgando por asentamientos donde chacras abandonadas y ranchos derrumbados dan cuenta de la desgracia de las malas cosechas y la huida de las familias empobrecidas.

Un parto en el campo

Vicente está en la puerta y me pide en nombre de su mujer que vaya a su cabaña. A Vicente le gusta darse aires de capataz, porque es un poco más astuto que los demás peones. Vive cerca de nosotros. Sé lo que significa su invitación. Su esposa está con dolores de parto, y la *madama*, como le llaman aquí a la partera, aún no ha llegado. Vicente se cuenta entre la gente bien, por eso debe prestar un poco de atención al evento que se avecina, más de lo que es habitual entre estas personas humildes. Asiento con la cabeza y escucho cómo resuenan los pasos en la distancia.

Luego rebusco por mi habitación sin saber qué hacer. Nunca he asistido un parto. Me siento angustiada. Pero, por supuesto, tengo que ir, no puedo dejar a la mujer en la estacada. Tomo pastillas de sublimado³⁰, algodón y el frasquito de agua de colonia. Sé lo ridículo que es eso, pero el buen olor, estoy segura, hará efecto en una india tan simple. En la cocina encuentro una jarra con agua hirviendo. Con todo eso me dirijo a la cabaña.

³⁰ *pastillas de sublimado*: pastillas de olor que pasan directamente del estado sólido al estado gaseoso sin que tenga que pasar por el estado líquido. En principio es una sustancia muy tóxica basada en mercurio, que sirve para esterilizar. Aquí se trata de una sustancia desinfectante o esterilizante que se disuelve en agua.

Serán las nueve de la noche. Orión aún está bajo en el horizonte. Las mulas todavía están mascando su ración de maíz. Una vaca lechera rezagada está nadando a través de la laguna junto a mi camino para llegar a tiempo a donde está su ternero. Una tenue luz asoma por la puerta de la cabaña de Vicente. Tiene un farol de establo. Recién hoy consiguió petróleo. Solo en los mejores ranchos hay iluminación. La mayoría se acuesta cuando se pone el sol o se sienta al resplandor del fuego. Doy palmadas delante de la cabaña. De inmediato aparece Vicente y me hace pasar. Los niños todavía están despiertos. Alborotan por todas partes y saltan sobre el catre donde yace la mujer enferma, bajan y caen sobre un taburete y gritan. Lo que me faltaba, con lo insegura que estoy.

–Los niños tienen que irse a la cama –grito enérgicamente–. ¿Cómo quieres que ayude a tu esposa con semejante revuelo?

Como la parturienta se pone a gemir, mi advertencia tiene éxito. El padre agarra a los niños y los pone en otro catre. Ahí siguen alborotando un rato más, pero al menos ya no molestan. Me vuelvo hacia la mujer. Está tapada con una manta flamante. La almohada tiene la funda limpia. La mujer es india de buena familia, me lo ha dicho muchas veces y tiene buenos modales.

–¿Cuándo empezaron los dolores? –pregunto como si fuera lo más natural del mundo para mí.

–Esta tarde –gime débilmente.

Estoy atormentada. Por fuera, no quiero alarmar a la gente, pero por dentro me estremezco ante la idea de una complicación. Cifro mis esperanzas en su sangre india. Para estos hijos de la naturaleza, un parto es casi una diversión.

–¿Y cómo fue tu último parto? –pregunto para tranquilizarme.

–Algo difícil.

Estoy terriblemente avergonzada, pero me mantengo fuerte, porque veo las miradas que me dirige Vicente desde un rincón oscuro. Mis oídos están ansiosos por escuchar ruidos fuera de la cabaña. Si tan solo pudiera oír la llegada del sulky que salió a la mañana temprano para ir a buscar a la *madama*... Pongo una caja en la cabecera de la cama, luego pido una palangana y la enjuago con agua hirviendo. Sin salir de la habitación, echo el agua por la puerta. Así se hace en el Chaco. Luego disuelvo una pastilla de sublimado en agua recién hervida. Hago todo muy despacio y minuciosamente para ganar tiempo.

De nuevo una contracción de la parturienta. Le seco el sudor de la frente y le enfrío las sienes con colonia.

–Respira tranquila y profundamente –trato de consolarla–, todo saldrá bien.

Después del ataque, ella pide un *mate amargo*, el *santo remedio*, la panacea en el Chaco.

Salgo adonde está el fuego, y Vicente me sigue.

–Pon una *pavita* al fuego –mando, y me adentro unos pasos en la noche.

Majestuoso e inalcanzable, el cielo estrellado de color violeta oscuro permanece en silencio. Frío e indiferente a los destinos de la humanidad. Me doy cuenta de que estoy temblando. ¿Será el fresco de la noche? ¿O la cobardía ante lo que me espera?

–Todavía no se oye nada –digo con voz ahogada, y vuelvo a entrar.

Pongo la lata de yerba en mi regazo y el mate en la mano, y empiezo a llenarlo de yerba con la cuchara doblada.

–Con doce cucharadas alcanza –asegura Vicente.

Fuera se oye silbar el agua hirviendo. Vicente desaparece y después de un rato largo regresa con la pava cubierta de hollín.

–Ahora viene el sulky.

–¿Verdad?

Siento que me sacan un peso de encima. La inquietud que ya estaba haciéndome ver chispas y la montaña que me oprimía el corazón desaparecieron. No tardó mucho tiempo en llegar hasta el lecho de la enferma el chirrido de las ruedas y el ruido sordo de los cascos. Vicente tomó el mate, lo cebó y se lo alcanzó a la mujer mientras yo la sostenía. Luego, finalmente, al segundo trago, entró la comadrona. Una italiana. Vivaz, enérgica. Mujer colona de Benítez, localidad situada a tres leguas de distancia. Lleva consigo un bolso aplastado y anticuado, del que extrae un poco de algodón arrugado, un pequeño trozo de gasa y una tijerita común. ¡Esos eran todos sus instrumentos!

–¿Qué es eso? –preguntó desconfiada y agresiva, señalando el agua sublimada.

–Agua hervida para desinfectarse las manos.

–Ah, muy bien, ¿usted también sabe algo de mi ciencia?

Se lava las manos e inmediatamente examina a la parturienta, que se agita con nuevos dolores.

–Calla, hija mía –dice ella sin muchos miramientos–, tu suerte es la suerte de todas las mujeres casadas. Yo di a luz a nueve.

Y después de lavarse otra vez las manos, se sienta en el borde de la cama, y yo tomo asiento en un cajón. Ahora Vicente ceba mate para todos y la mujer italiana comienza a hablar de su trabajo como si le hubieran dado cuerda.

¡Qué animado está el ambiente en esa habitación! Nosotros sentados, la mujer gimiendo al lado, y desde el rincón donde está el catre de los niños, la mirada curiosa de la hija mayor de cinco años. En medio de la habitación hay un tronco retorcido, raído, que sostiene el techo. Ahí está colgado el farol, torcido. En un rincón hay una piel de un pequeño yacaré tendida en un alambre, de las grietas de las paredes de barro se ven las acogedoras cabezas de las cucarachas, que no se atreven a salir corriendo, porque les molesta la luz.

Habremos estado una hora así sentados bebiendo, interrumpidos solo de tanto en tanto por un nuevo acceso de dolor de la parturienta, y después la cosa se puso seria. Con asombrosa rapidez tenía yo en mis brazos a esa cosita marrón, envuelta en una bufanda desgarrada, lloriqueando lastimosamente...

–Una hija, felicitaciones –dice la madama. –Caramba –se le escapa a Vicente.

Hace una mueca y sale. ¡En el Chaco se desprecia al que tiene una hija mujer! Pobre Vicente...

El pollo que cacarea

Juan proviene de la provincia de Corrientes. Todavía es joven, unos veintitrés años. Discreto, callado y educado, entra en la cocina, donde la gente está comiendo: vestido con ropa limpia, bien lavado y con el cabello ondulado mojado, peinado desde la frente ancha, espiritual, podría decirse. Así se sienta, muy delgado, muy pálido, entre los otros peones que en su mayoría tienen un

aspecto desaliñado y roto. Cada vez me llama la atención la brecha que lo separa de los demás.

Es difícil lidiar con Juan. No quiere trabajar. Tan pronto se niega a colaborar en el rodeo y fracasa cuando persigue a los animales que se escapan, como no quiere cavar agujeros para los postes que hay que reemplazar porque los rompió el toro vecino. Por fin parece haber encontrado una ocupación satisfactoria arrancando la maleza en la pequeña chacra de algodón. Desde su puesto de trabajo, les dispara a los tordos de los durazneros del huerto contiguo. Eso hay que valorárselo, porque de lo contrario no tendríamos duraznos para navidad. Pero, sobre todo, soy tan indulgente con Juan porque ayuda a ordeñar de noche.

Su esposa es todo lo contrario de él. Tiene mucho talento para las cosas mundanas, decidida, trabaja enérgicamente, librando a su Juan de todas las tareas. Su carácter, mandón, testarudo, anula cualquier otra iniciativa dentro de su territorio soberano. Es cocinera en mi casa. Hace básicamente lo contrario de lo que se le encarga. Pero cuando se le pide cuentas, afirma rotundamente que fue eso y no otra cosa lo que se le mandó hacer. Está tan firme en este mundo que me siento bastante insegura a su lado. No tardo mucho tiempo en cerrarme todas las puertas con ella, por no permitir que maten a la gallina que cacarea todas las noches mientras ordeñamos.

–Tienes que matar a ese pollo –me ordena. (En el Chaco, los peones tutean a sus patrones.)

–¿Por qué? –pregunto sin comprender.

–Alguien morirá en esta casa, si no matan ese pollo.

–Nunca he oído algo así, no puedo creerlo –le respondo con impaciencia–. ¿Y cómo se supone que encontraremos a la gallina correcta? Todas están en lo alto del árbol por la noche. No puedo matar a todos los pollos.

Todas las noches en el tambo, cuando los gallos cacarean, a eso de la una, el pollo degenerado sigue barboteando junto con ellos. Es un cacareo distorsionado, pero se reconoce sin lugar a dudas que intenta ser un cacareo. Y cada noche siento entonces la mirada de odio que me lanza la esposa de Juan. Al final, la tensión entre nosotras se vuelve demasiado grande. Se declara en huelga, ya no quiere trabajar más en una casa donde toleran que haya un pollo que cacarea, y se retira rencorosa con su esposo a uno de los ranchos de los obreros de los alrededores. El hombre sigue trabajando en silencio en la chacra, rogándome con la mirada que perdone la terquedad de su esposa... Ese es el golpe más duro que puede darme Octavia, porque no hay nada más sencillo y trivial que la prosaica cocina de las pampas del norte argentino. Al menos, la firme mujer sigue viniendo a la noche a ordeñar.

Hasta ese punto habían llegado las cosas, cuando una mañana al amanecer monté mi caballo, la Zaina, para participar en el rodeo.

Una mañana de octubre me envolvió con el frescor de la primavera y el resplandor de un día de pleno verano. ¿Quién podía pensar en ese momento en los disgustos cotidianos, en el maldito pollo y los caprichos de la suerte? Yo, al menos, olvidé todo eso, incluso que a las once, cuando regresara a casa, después de haber estado montando desde las cinco de la mañana, tendría que ponerme a cocinar para la gente. Recién volví a recordarlo cuando llegué al portón del patio, cansada de la fantástica cacería entre los perros que ladraban

y los toros que bramaban bajo el sol ardiente del mediodía. "Esa condenada mujer...", susurré furiosa para mis adentros, mientras levantaba el pasador del portón sin desmontar. Esa condenada mujer... Y ya sentía en mí la agitación de tener que preparar a toda prisa el almuerzo amenazando con diluir los hermosos ecos de la cabalgata de la mañana.

Al otro lado del patio veo al lechero que viene corriendo hacia mí. Es extraño, porque el chico es deficiente mental y normalmente se mueve con dificultad. Me grita algo desde lejos, pero no le entiendo. Con su pelo hirsuto, su mano retorcida, su boca siempre abierta, se parece a un bufón medieval. Al fin nos encontramos.

–*Señora, señora, Juan se murió.*

–*¿Tú eres loco?*³¹, *¿cómo se va a morir?*

Pero su cara de susto lo dice todo. Le doy un latigazo a la Zaina y salgo a todo galope para la choza nueva de Juan. A mitad de camino escucho los alaridos de su esposa. Salto del caballo, veo a Octavia detrás del rancho, con el vestido cubierto de manchas oscuras de sangre, y entro corriendo.

Atravesado en el catre, sentado y reclinado hacia atrás, yace Juan, con la vista fija en las vigas del techo, como si estuviera meditando. De la comisura derecha de la boca le cuelga una gotita de sangre, de la que varias moscas intentan alimentarse con la trompa. Su pálido rostro se ha vuelto verde amarillento. Si siempre había tenido una expresión espiritual, ahora parece completamente desmaterializado. No hay duda, Juan está muerto. Una hemorragia, diagnóstico, y voy a ver a la mujer.

Hasta las nueve Juan había estado cavando en la chacra de algodón, luego hizo señas y la mujer le llevó agua. Se quejó de que estaba muy cansado y se apoyaba en ella mientras caminaban despacio hacia el rancho. Cuando Juan se acostó en la cama, le salió sangre de la boca y cayó muerto hacia atrás sin decir palabra.

De repente, cuando concluyó su relato Octavia se puso a gritar otra vez dando muestras de estar asustada. Su hijo pequeño la miraba con asombro, pero como no entendía qué pasaba, siguió jugando feliz con un trozo de madera, su auto, arrastrándolo con una cuerda.

Los peones velaron al cadáver sobre dos mesas puestas una junto a la otra, que habían traído de la cocina. Había dos velas encendidas. Una en la cabecera y otra en los pies, pegadas en dos tazas puestas al revés. Lo cubrieron con una sábana blanca. Así yacía, limpio y delgado, igual que cuando estaba vivo, sobre las mesas. Luego todos volvieron a trabajar. Uno fue a caballo al pueblo para avisar a los parientes.

Hasta el anochecer hubo silencio en el patio. Pero cuando la luna afilaba espadas de luz en las copas de abanico de las esbeltas palmeras, y un lejano pero claro rodar se acercaba audiblemente, volvieron a brotar, repentinos y entrecortados como cascadas, los estridentes gritos de la garganta de la esposa de Juan. Seguramente, pensaba que era lo mejor que podía hacer si venían los parientes.

Cuando quise tenderle la mano para despedirme, ella me ignoró.

³¹ La falta sintáctica pertenece al original (dejamos en *cursiva* las palabras españolas del texto).

—¿No ves? La gallina —dijo, lo cual probablemente significaba algo así como: ¿ves que tenía razón con el pollo ese?

Eso dijo con dureza y desdén, y trepó al pescante del carro, donde el hermano del difunto se aseguraba de que Juan apuntara con los pies al objetivo. ¿Por qué? Porque de lo contrario Juan tendría que levantarse de su tumba para pasear por nuestro patio.

Pero, por Dios, el pollo no volvió a cacarear nunca más después de aquella noche.

Chinas y chinitos

La Petrona es una mujer descuidada. No solo se nota por el pelo, siempre despeinado, que le cuelga en mechones de la cabeza; también por los trapitos, eternamente manchados y andrajosos, que le cuelgan del cuerpo. ¡Y también por el marido se nota, que de todos los peones es el que tiene un aspecto más miserable, a pesar de ser el que recibe el salario más alto! Se nota por los dos hijos, llenos de mugre y de piojos, que se buscan uno a otro, tirados en el polvo, semidesnudos. Pero sobre todo se nota por el libro de cuentas, lleno de manchas de grasa, que yo siempre agarro con las puntas de los dedos callando mi horror. Petrona tiene bocio y labios anchos. Lo más curioso es el cutis, en el que no se ven poros, tirante como una piel de goma de color marrón amarillento, más claro en los pómulos y azulado debajo de los ojos. Ramón es el esposo número vaya uno a saber cuánto. De los primeros maridos tuvo tres hijos de quienes se fue deshaciendo poco a poco. Uno se lo dejó a la madre de su actual marido, dos dicen que los vendió. La hijita Mecha, si no estuviera descuidada, llamaría la atención por su belleza.

Un día viene a verme Ramón con cara de sufrimiento y se queja de que su madre se está muriendo. Dice que necesita dinero y unos días de vacaciones. Antes que nada tengo que aclarar lo endeudado que está; es que Ramón gasta mucho más de lo que gana, sobre todo porque su mujer gasta mucho. Sé cómo es capaz de mentir esta gente, sospecho que se trata de una treta y vacilo en complacerlo. Él debe darse cuenta de lo que pienso, se pone rojo y se hace el ofendido de manera convincente. Imagino una miserable choza de barro, una anciana enferma sin ayuda. Mi corazón decide, y Ramón, visiblemente aliviado, se marcha en su caballo. Al día siguiente, me manda decir con el lechero que deje que su familia vaya también a despedirse de la moribunda.

Al cabo de tres días, reaparecen todos en escena. Ramón viene a trabajar con un equipo deportivo de última moda. Me doy cuenta de algo.

—Bueno —le pregunto—, ¿cómo está tu madre? ¿Murió?

Me mira un instante asombrado. Asombrado, porque probablemente no comprenda qué sentido tendría seguir con su juego de mentiras. Sin duda no puede imaginar que yo haya creído lo que me dijo, luego describe en detalle la enfermedad y me asegura cómo espera la muerte hora a hora.

Fueron días excepcionalmente calurosos los que siguieron a su escapada. Sin embargo, los niños aparecieron con gruesos suéteres de lana nuevos, medias largas y zapatitos de charol, ellos que normalmente, incluso en el intenso

frescor de la mañana, solían venir a pedir miel con unos trapitos transparentes y sin ropa interior. Parecían no separarse ni de día ni de noche de aquellos tesoros. Recién al domingo siguiente comenzó el verdadero desfile del nuevo vestuario con gruesas capas de polvo en sus caras marrones y sus cuellos más oscuros todavía. ¡Qué galas! Pero al cabo de un mes ya todo eran de vuelta harapos.

¿Y la abuela? Todavía sigue viva. Pero ya va siendo hora de que se vuelva a morir de una vez por todas.

Cata está trabajando en casa con su hijo de tres años. Es una muchacha de apenas veinte años, tiene un hermoso andar, como un gato grande, suave y elástico a la vez. Su carácter es juguetón y posee una serenidad imperturbable.

—¿Eres viuda? —le pregunto cuando lleva una semana trabajando en casa.

Ella niega y comienza a contarme su historia. Por supuesto aprovecha la oportunidad para dejar de pelar batatas y no pierde la ocasión de prender en el fuego un cigarrillo *paraguayo*.

—Yo estaba en el interior de la provincia de Corrientes, trabajando con mis padres en una finca, a quince leguas de la estación de tren más cercana. Allí conocí a mi esposo, que trabajaba como carnicero y peón. Decidimos casarnos y nos fuimos a vivir a un rancho. Estábamos bien juntos porque mi esposo era muy lindo —sonrió—. Después de dos años, cambiamos de empleo y nos mudamos a la ciudad de Corrientes. Allí mi esposo se enamoró de otra mujer y la trajo a nuestra casa. Entonces vivíamos los cuatro, con mi hija, en el rancho. Fue triste —prosiguió—, porque mi esposo empezó a maltratarme para que me fuera. Pero yo no me fui, porque quería esperar a que mi marido volviera a quererme. Un vecino me había dado un remedio. Un día salió con la otra mujer y nunca más volvió. Desde entonces tengo que trabajar de sirvienta. —Después de una pequeña pausa, agregó—: Sé dónde trabaja, y quería pedirte que le escribas que estoy trabajando con vos. Tal vez puedas darle trabajo cuando venga.

Y comenzó a dictarme una carta conmovedora e infantil, porque no sabía leer ni escribir. Le aseguraba a su marido que podía contar con su antiguo amor y fidelidad, y le pedía que volviera con ella y su hija.

—¿Están realmente casados, por civil? —me atreví a preguntar tímidamente, poco familiarizada todavía con la situación en el Chaco.

—¡Ay! —respondió con desdén—, así solo se casa la gente de la ciudad. Ni él ni yo teníamos papeles, pero me regaló un anillo, me prometió matrimonio, y eso vale.

Después de unas semanas, la carta fue devuelta por domicilio desconocido.

A Cata nadie la mira con desprecio por su hija ilegítima. Al contrario, tiene muchos pretendientes serios. Por lo visto le cuesta decidirse, porque se muestra reticente con todos. Cata es la esclava de su hija. La pequeña diablita negra, preciosa, lo sabe muy bien. Cuando la madre le niega algo, no para de gritar hasta tener en sus enérgicas manos aquello que desea. Incluso cosas que no le pertenecen a Cata y que la hijita codicia, ella las roba con toda tranquilidad. Sin embargo, a un alemán que admiraba a la niña le ofreció vendérsela por cien pesos.

Unas semanas más tarde, cuando nuestra amistad había fracasado, se juntó con un "rubio", un joven peón pelirrojo que trabajaba en casa.

Cirilo trabaja como lechero desde hace dos años. Antes de que él ocupara ese puesto, siempre había cambios y dificultades. Nadie duraba más de unas

pocas semanas en el trabajo. La causa era el larguísimo camino que había que recorrer. Tres horas a pleno mediodía, tres horas por la noche, día tras día y noche tras noche. A la larga nadie quería saber nada. Cirilo es el único que duró tanto. Probablemente muestra tanta perseverancia porque en su anterior empleo solo recibía ocho pesos al mes y muchas palizas. Aquí gana veinte y le dan comida. A veces hace una pequeña "changa" y se gana unos pesos más.

Pero aun así sigue siendo bastante triste para él. Cuando llega al patio al mediodía un día de verano con viento norte, el calor lo aturde y no puede hablar ni responder. Completamente atontado, se queda sentado unos minutos en el pescante del carro con la vista perdida, inconsciente. Cuando finalmente se levanta a duras penas y baja con dificultad como un sonámbulo, su primer paso lo lleva al pozo. Desengancha mecánicamente a los animales, se sienta con la mirada ausente frente a su almuerzo, apoyado en ambos codos, y a menudo ni lo toca. Sin hablar ni siquiera prestarle atención a nadie, sale de la cocina y se desploma sobre los restos de un viejo catre para dormir como una piedra.

Al atardecer debe recoger los terneros y moler maíz para sus mulas. Tengo que llamarlo veinte veces para que se despierte. Aturcido, sale de debajo de su poncho y me mira fijo como si no me conociera. Luego se hunde hoscamente en su cama, que se encuentra en el cobertizo bajo los cachivaches de hierro, máquinas rotas y sacos hechos jirones. No hay forma de saber si está tan destrozado por sus viajes o si es un vago. Los peones culpan a su pereza y se la pasan maldiciéndolo. Pero desde el día que anduve en la *jardinera*, tengo mis dudas. Si le preguntan a Cirilo qué edad tiene, no lo sabe, supone que tiene dieciocho años. Si le preguntan por su padre, dice que nunca lo vio. Incluso de su madre, no tiene ninguna certeza.

—¿Y entonces con quién te criaste? —pregunto conmovida.

—Con una mujer que iba de *fonda* en *fonda*, bailando y cantando, y me dejaba bailar, pero no sé si esa mujer era mi madre.

Evidentemente lo del baile es mentira, porque Cirilo tiene los pies atrofiados y una mano torcida. ¿O tendría que hacer el papel de bufón?

Curiosamente, Cirilo sabe leer un poco y escribir su nombre. Desde el gran llamamiento del gobierno, que obligó a todos los hombres bajo pena de castigo a someterse a una autoridad militar, y por el cual hubo que constatar especialmente la identidad de aquellas personas de cuya existencia nadie tenía noticia, desde entonces Cirilo se siente hombre. Lleno de orgullo, les muestra a todos su documento.

Ya es tarde. A través de la noche silenciosa, llega claro y audible al oído atento el trote de caballos. Los perros ladran alterados y se precipitan hacia la oscuridad. No tardan mucho en oírse unas fuertes y claras palmadas en el patio, pidiendo permiso para entrar. Encendemos el farol y alumbramos afuera.

—¿Quién es?

Del caballo baja un hombre fornido, de barba oscura, envuelto en un poncho informal, con un sombrero de fieltro de ala ancha sobre su rostro en sombras y unas enormes espuelas tintineantes en los pies calzados con *alpargatas*, sin medias. Detrás hay dos caballos más pequeños con figuras delgadas. ¿Niños?

—Soy el *tropero* que viene a llevar el ganado al Palmar —se presenta.

A petición mía, desensilla los animales, los mete en el corral y luego entra en la cocina con dos niños pequeños.

–¿A quién traes ahí?

–Mis hijos, señora.

A cada lado del hombre han tomado asiento en un banco dos hombrecitos. El más chico calculo que tendrá ochos años. Hay espuelas en miniatura en sus pies, es gracioso. Enseguida me hago amiga de ellos en la medida en que lo permite su agotamiento.

–¿Ustedes también son del Palmar o del pueblo?

–Del Palmar, señora –dice el mayor con voz masculina–, salimos de casa hoy a las tres de la mañana.

Miro el reloj, son las diez. Los niños estuvieron viajando diecinueve horas.

–¿Es posible? –exclamo, sin poder reprimir mi admiración por semejante proeza–. ¿Ustedes vinieron cabalgando todo el camino?

–Hubiéramos llegado antes, si no hubiéramos tenido un negocio en el pueblo.

Entretanto, el *locro* ya está caliente y el agua para el mate empieza a humear. El más pequeño aún no ha terminado de comer cuando su cabeza resbala por el hombro del papá y se queda dormido.

–Creo que le has exigido demasiado a tu pequeño vaquero –le digo al hombre, señalando a su hijo, que desaparece cada vez más tras la espalda de su papá.

–Le exigí demasiado... –ríe él–. Mis hijos ya han hecho otras cabalgatas muy distintas.

–¿No prefieres mandar a tus hijos a una escuela? No sería tan agotador.

–Señora –respondió el hombre, y había una gran dignidad en sus simples palabras–, nosotros somos unos pobres arrieros, y mis hijos no pueden ser otra cosa. ¿Para qué voy a hacer que aprendan a leer y escribir? Ellos deben ser excelentes troperos.

Después de esas palabras, le mostré su catre, en el cual se acostó con sus hijos debajo de unas pieles de oveja.

A la mañana siguiente, al amanecer, cuando me levanté, ya estaban los tres sentados junto al fuego tomando mate.

Sobre el trato con los indios³²

Si alguien quiere ofender mucho a un mestizo, lo llama indio. Un criollo, cuando quiere hablar despectivamente de su enemigo, dice: "*No es cristiano, es indio*". A pesar de que, o quizás precisamente por el hecho de que no se puede disimular que en las venas de la mayoría de los chaqueños y santiagueños corre sangre indígena, hablan de ellos con desprecio, los consideran capaces de cualquier fechoría y marcan una rigurosa diferencia estamental. Uno de los peones que trabajaba en la *estancia* estaba casado con una india hermosa y

³² Trad. R. Rohland de Langbehn, revisado por Beatriz Romero.

agradable, pero ella, en perjuicio propio, había adoptado costumbres urbanas. Esto lo observó un cineasta, se entusiasmó y pidió a la mujer que pasara ante sus cámaras con sus hijos, ataviada según la costumbre indígena. Para convencerla hizo falta que aplicase toda su diplomacia durante tres días enteros, hasta moverla a que finalmente accediera. Ella no quería seguir siendo indígena.

Desde que se comenzó a hacer carbón en la *estancia*, solían emplearse cincuenta indios para cortar leña. A partir de ese momento, Vicente, que llegaba en las tardes para ordeñar, aparecía armado de un gran palo. Su casa estaba donde termina el algodónal y recorría la distancia en escasos diez minutos.

—¿Qué pensás hacer con este horrible palo? —le pregunté una noche cuando volvió al galpón de ordeño, donde lo había dejado.

—Ay, *señora* —me contestó—, nunca se sabe qué podrá pasarle a uno.

—¿Decís por un tatú, una yará o un zorro? —(Sabía por nuestro *chacarero* por qué Vicente estaba armado con un palo, pero quería escucharlo de su propia boca.)

—Hay mucha gente que camina de noche por el campo. Podría darse que uno se lo cruce—, dijo Vicente.

—Pero en el corto camino hasta tu casa, no creo, ... y tan cerca del casco—, le contesté.

—No sabés, *señora*. Los indios son malos. ¿Por qué empleás a este gente?

—Pero Vicente, ¿esto te lo imaginás vos o te lo han dicho los correntinos!— dije, sabiendo que Vicente es oriundo de Entre Ríos y orgulloso de serlo.

—Ay, *señora*, el otro día al caer la tarde de repente apareció uno detrás de un tronco y se dirigía hacia mi casa. Si no lo hubiera amenazado enseguida con el cuchillo, seguro que me habría asesinado y robado a mi señora.

Hay que haber visto el *rancho* de Vicente para darse cuenta de cuán curiosas son estas sospechas y comprender lo ridículo de esta afirmación. Consiste de dos paredes livianas de paja que se apoyan entre sí y es tan bajo que hay que arrastrarse de rodillas para entrar. También hay que conocer a su mujer, una vieja triste y achacosa de ojos lacrimosos e inflamados y piel apergaminada y ennegrecida por el humo. ¿Por qué iría a robar el indio justo en este rancho, en el que no se encontraba siquiera una olla? Pero lamentablemente, estas ideas existen y están condenados al fracaso todos los esfuerzos por convencer a la gente de lo contrario.

Muchas veces y en lapsos regulares llegaban indios a la casa para ofrecerme sus tejidos. Por lo general pertenecían al pueblo de los vilela, que forman una etnia lingüística especial junto con los churupí. Se caracterizan por su aspecto prolijo y aseado, y también resultaron eficaces cuando más adelante se los empleó en trabajos estables en la *estancia*. La cocinera, una chaqueña de tez amarillenta como un membrillo, estaba hecha una furia por mi trato amigable con ellos. Este trato consistía nada más que en pagar bien sus trabajos y en que yo no dejaba de expresar mi admiración por sus labores manuales. Me profetizaba: "Un buen día, cuando estés sola en el patio, te van a sacrificar." Pero como se ve, hasta el día de hoy estoy en perfecto estado de salud. Jamás se permitieron faltarme el respeto. Para hacer notar su presencia batían las manos, quedando de pie muy lejos de la casa. Algunos ni siquiera se animaban a dar esta señal y esperaban pacientes horas enteras, hasta que por mí misma los percibía.

Me daba vergüenza y me dolía ver cuán apagada estaba en ellos la noción de que tenían derecho a existir. Si llegaban solos daban la impresión de perros apaleados. Tímidos y medrosos, la mirada insegura y el paso silencioso. Su carácter emanaba una resignación paralizante; nunca he visto personas con ojos tan desesperanzados. Se siente que saben hasta qué punto su pueblo está destinado a perecer. Los que venían a vender algo solían llegar en compañía de un cacique menor que dominaba el castellano; él expresaba sus deseos y traducía mis palabras. Llegaban a caballo en pequeños asnos y sus pies casi rozaban la tierra.

Cuando venían a comprar algo³³, permanecían en grupos ante la puerta del almacén, hablando en voz casi inaudible. Mis preguntas precipitadas los amedrentaban. Solían callarse durante largo rato y responder en voz apagada. Era difícil entenderlos. A los peones, casi todos correntinos o chaqueños, les encantaba presentarse de un modo que hiciese bien visible la diferencia abismal entre estos indígenas y su propia raza. Los empujaban hacia un lado y entraban al depósito, aun sabiendo que no era lo correcto. Por nada en el mundo se habrían juntado con los indios para esperar. Por el contrario, intentaban inducirme a que les entregara las mercaderías primero a ellos, aun habiendo llegado más tarde al almacén. A los *peones* les llamó mucho la atención que yo les cobrara a los indígenas lo mismo que a ellos. Por lo que comentaban, pude darme cuenta de que los vecinos acostumbraban cobrar a los indios más que al resto de los mortales. Los indios registraban pronto que mi máxima era el trato igual para todos. Se les notaba la alegría al hacer la compra, y esto los llevaba a comprar cantidades mayores de mercadería, ante todo de jabón. Por cierto, esa gente, en particular los vilela, era muy limpia.

Con otro grupo de indios, que también fue empleado durante un breve tiempo para cortar leña, no tuvimos suerte. Eran seres totalmente degradados, estaban siempre alcoholizados y no cumplían con las tareas pactadas. Fueron despedidos y, para vengarse, prendieron fuego a la leña cortada, ya pagada. Los vilela no se asociaban con ellos. Nunca pude averiguar a qué etnia pertenecían.

Lo mejor solía ocurrir al finalizar nuestras negociaciones. Cada vez que entregaba la paga a los indios y me despedía de ellos, me pedían miel. Creo que por miel habrían vendido su alma al diablo. Si les traía un kilo de regalo, sus caras se iluminaban como las de los niños. A los pocos minutos la habían devorado y pedían más. Finalmente debí valerme de una mentira, afirmando solemnemente que ya habían acabado con mi miel. De lo contrario, habrían devorado en pocas horas todas mis reservas.

Bien que hay que agradecer que el gobierno argentino promulgue leyes de protección para los indígenas, estas lamentablemente se aplican poco. La mayor parte de la población, ante todo la inculta, alberga sentimientos inexplicables de temor y rencor hacia los indios. Y como este desprecio por los habitantes originarios también domina a las autoridades civiles, las leyes de protección se apli-

³³ La autora al parecer administraba un almacén para los empleados de la estancia. Es diferente su caso del de Cissy von Scheele-Willich en que se ocupa de comprar y vender a los empleados de la estancia, mientras que su colega vendía al ormenor a sus vecinos, como se ve en el relato "Nuestros vecinos 'los negros'".

can en este sentido. Los pocos indios que todavía aparecen en Resistencia en pequeños grupos de familias o de vez en cuando solos respiran esta pesada atmósfera cargada de hostilidad. Se les nota que sienten miedo y esto se refleja en su ceño fruncido. No son meras suposiciones, pues saben que sus hechos se miden con otra vara que la de los argentinos y que se los juzga según leyes no asentadas por escrito.

Como animales extraviados, los antiguos dueños de estas planicies se echan, tímidos, a un lado cuando alguien se les cruza en el camino y venden por pocos centavos las orquídeas traídas de sus recorridos por los bosques, hoy en vías de extinción. En sus ojos se enciende una luz humilde cuando les regalan unos pocos centavos. Barruntan siempre el peligro y continuamente son conscientes de su impotencia.



Foto: genetileza flía. Wiesemann

Colaboradores

Hans Knoll <knollhans01@gmail.com>. Dr. phil., Prof. Titular (jubilado), Cátedras de Literatura Alemana I y Cultura de los Pueblos de Habla Alemana I y II, Facultad de Lenguas, Universidad Nacional de Córdoba. Trabaja sobre: autobiografía, inmigración de habla alemán en Argentina y relaciones culturales argentino-germanas.

Helga Lorek de Heineken <helga.heineken@gmail.com>. Nacida en Alemania, es doctora en Ciencias Biológicas (UBA). Se ha dedicado a la investigación y docencia en educación ambiental. Es autora del libro *Flores de Buenos Aires* y publica desde 1997 el calendario *Flores en la Argentina*. Ha traducido del alemán al castellano *El continente de los colibríes* (A. Suchantke), *Fitoterapia* (W. Pelikan), *El Cáncer* (M. Gloeckler) entre otros libros y, en conjunto con Beatriz Romero, *El machi del Lanín* de Bertha Koessler-Ilg. Sigue traduciendo relatos y leyendas recopiladas por Bertha Koessler-Ilg.

Macarena Mohamad <macarenamohamad@gmail.com>. Nació en 1971 en Buenos Aires. Estudió Letras Modernas en la UBA. Desde 1999 se dedica exclusivamente a la traducción del alemán y a la revisión y corrección de estilo de textos científicos y literarios. Ha traducido, entre otros, a Uwe Timm, Hermann Hesse, Daniel Glattauer, Wladimir Kammer y Hans Peter Richter. Integra el Seminario de traducción de textos filosóficos y literarios en lengua alemana, de la Universidad Nacional de San Martín. En 2016 fue becada por la Fundación Robert Bosch para una residencia en el Colegio Europeo de Traductores de Straelen, Alemania.

Regula Rohland de Langbehn <rrohland@gmail.com>, Dr. phil., Prof. Titular Consulta (UBA), estudió traductorado y literaturas románicas en Heidelberg. Se especializó en literatura española del tardío medioevo y comienzos del renacimiento. Durante veinte años se desempeñó en la Universidad de Buenos Aires en las Cátedras de Literatura Alemana (Prof. Titular) y Europea Medieval (Adjunta). Tradujo del alemán al castellano con los integrantes de su cátedra y otros interesados textos cortos, libros de teoría literaria histórica y obras teatrales. Ya jubilada, ha fundado junto con otras personas la Asociación Civil sin fines de lucro "Centro DIHA" y el Archivo del Centro DIHA. Tradujo con apoyo de Mece-nazgo de la Ciudad de Buenos Aires (correspondiente al año 2016) el libro *Los Alemanes en la Argentina. 500 años de historia*, Buenos Aires: Biblos 2017. Fundó en 2017 los *Cuadernos del Archivo. Publicaciones del Centro DIHA*.

Beatriz Romero <romero.soresi@gmail.com> cursó la carrera de Inglés en el Instituto Nacional Superior del Profesorado, después llamado "Joaquín V. González", donde más tarde dictó la cátedra de Fonética Inglesa antes de radicarse en Córdoba. Fue becada por el DAAD para estudios de lingüística. Es bilingüe (alemán-español) y tradujo numerosos artículos y libros del alemán. Durante diez años fue traductora para la revista UNIVERSITAS. Colaboró en la traducción *Los*

indios de Tierra del Fuego (diez vols.), de Martín Gusinde, para el Centro Argentino de Etnología Americana. Ha traducido libros para la editorial Gredos (entre ellos, *Historia de la literatura griega*, de Albin Lesky, junto con J. M. Díaz Regañón) y para las editoriales San Pablo, Lumen, Elefante Blanco (*El machi del Lanín*, con Helga Heineken) y Antroposófica.

Palabras clave¹

Hans Knoll: "El Chaco después de la Primera Guerra Mundial: los colonos alemanes en el 'Salvaje Oeste' de la Argentina"

Chaco argentino – inmigración alemana – cultivo del algodón – crisis estructural

Regula Rohland de Langbehn: *Cissy von Scheele-Willich. Vita*

experiencia africana – vida en el Chaco – autoría – últimos años

Cissy von Scheele-Willich: (cinco textos para periódicos)

experiencia chaqueña – colono – mentalidad del inmigrante – problemas del algodón – usos mortuorios – relación con lugareños

Helga Heineken y R. Rohland de Langbehn: "Ilse von Rentzell. Vita"

experiencia chaqueña – interés botánico – montañismo –

Ilse von Rentzell: (diez textos de su libro *Im argentinischen Chaco*)

estancia chaqueña – naturaleza exuberante – población, tipos – supersticiones – trato de indígenas

¹ Los resúmenes en castellano están integrados en la presentación.